

VENDEDOR DE PLANETAS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



VENDEDOR DE PLANETAS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

658 – *Mente*, Frank Caudett

659 - *Los hijos de las tinieblas,* Ralph Barby

660 - *Después del Apocalipsis,* Kelltom McIntire

661 - *La fortaleza flotante,* Joseph Berna

662 - *La noche de los mutantes,* Curtis Garland

CLARK CARRADOS

VENDEDOR DE PLANETAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 663

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA BOGOTA BUENOS AIRES CARACAS MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 4.982 -1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril 1983

2.ª edición en América: octubre 1983

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N—152, Km 21.650) Barcelona — 1983

CAPITULO PRIMERO

El rótulo que había sobre la puerta, en letras de oro suspendidas a un centímetro de distancia, gracias a un microprocesador que activaba un mecanismo de antigravedad, decía:

T. KERR

VENDEDOR DE PLANETAS

La mujer se detuvo ante la puerta. Antes de que pudiera llamar, una suave voz brotó de un invisible altoparlante:

—Por favor, espere treinta segundos. El señor Kerr abrirá en el acto.

Ella se mantuvo inmóvil. Esperó el medio minuto señalado pero al ver que no se abría la puerta, decidió llamar.

Pulsó el timbre largo rato. Al fin, creyó que el dueño del apartamento se hallaba ausente, y ya se disponía a marcharse, cuando se abrió la puerta de golpe y un hombre joven, de cabellos negros y algo rizados, apareció en el umbral.

—Discúlpeme, noble señora, pero estaba ocupado y no percibí las señales de llamada.

—¿Es usted T. Kerr, vendedor de planetas? —preguntó

—Taylor Kerr, vendedor de cualquier clase de astros a cualquiera que desea comprar uno y tenga suficiente para costearse ese capricho —contestó el hombre con jovial acento —Pero Entre, noble señora; pase y hablaremos mucho mejor en mi oficina.

Mientras la recién llegada cruzaba el umbral, Kerr la contempló furtivamente, llegando a la conclusión de que, en efecto estaba bien aplicado el calificativo de noble señora. Ella era muy alta, delgada, de suaves curvas y largos cabellos pálidos. Los ojos tenían unas pupilas muy claras y el rostro, de tez nívea, poseía una extraña belleza, fría y distante a un tiempo; pero Kerr, experto conocedor, llegó a la conclusión de que, en algún instante, aquella frialdad podría transformarse en fuego abrasador.

La indumentaria era muy sencilla, pero costosa; un corto vestido, sujeto al talle por un cinturón de tela de oro, adornado con grecas de hilos de oro, en las que había entretejidos a trechos diminutas piedras preciosas de todas clases. Sobre los hombros, ella llevaba una larga capa de color verde oscuro, casi negro, sin adornos de ninguna clase.

Hasta entonces había llevado puesta la capucha. Al echársela hacía atrás, Kerr pudo ver un valioso anillo en su mano derecha y una lujosa pulsera en la muñeca del mismo lado. En el antebrazo izquierdo llevaba un gran reloj brazalete de oro, en el que se veía incrustado un reloj de tiempo universal.

Kerr la condujo hasta su despacho, elegante, pero sencillo. Los muebles carecían de patas; todos ellos estaban sustentados por antigravedad, con mecanismos de flexión para mayor comodidad, a excepción de la mesa, que carecía de dicho dispositivo.

El vendedor indicó a su visitante un osado sillón. Ella tomó asiento y le miró fijamente.

—Soy Frynna Zalben —se presentó, sin hacer caso de la cortina que se agitaba ligeramente al fondo de la estancia.

Kerr se inclinó profundamente.

—Es un placer conocerla y un señalado honor atender a dama tan distinguida. Y dígame, ¿en qué puedo servirla?

—Tengo entendido que es usted el dueño del asteroide T.R. 04-701 y que está a la venta —dijo Frynna.

Las cejas de Kerr se alzaron en el acto.

—¿Quiere comprar ese mísero pedazo de roca espacial? —se asombró—, Pero si allí no podrían vivir ni siquiera las ratas…

—El rótulo de la puerta indica que es usted vendedor de planetas —dijo la joven sin abandonar un solo instante su gélido acento.

—Sí desde luego: con todas las autorizaciones posibles y, aunque me esté mal el decirlo, absolutamente honesto, en mis tratos. Puedo venderle desde un planeta tipo Tierra a un pedazo de roca del espacio no mayor que esta habitación…

—Me interesa T.R. 04-701. señor Kerr. Supongo que tiene usted en regla los títulos de propiedad.

—Por supuesto Cada vez que encuentro un cuerpo espacial sin

dueño, lo señalo de acuerdo con las leyes y luego lo inscribo en el registro correspondiente. Venderlo después es una operación de mucho riesgo —sonrió Kerr—, A veces pasan años enteros sin poder deshacerme de un asteroide.

—Eso no me importa en absoluto. Usted tiene una profesión y yo deseo utilizar sus servicios. ¿Qué precio tiene el asteroide mencionado?

Kerr meditó unos segundos. Frynna parecía una mujer adinerada. Pero, ¿por qué diablos quería comprar aquel fragmento de escombro, procedente de la remotísima explosión de un planeta mayor? El asteroide era árido, aunque, incomprensiblemente, mantenía una atmósfera perfectamente respirable, si bien con una densidad similar a la atmósfera terrestre a unos cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar. Pero una persona podía acostumbrarse perfectamente a vivir con una atmósfera menos densa. A fin de cuentas, ¿no vivían los peruanos en las orillas del lago Titicaca, desde tiempo inmemorial, y a cuatro mil pies de altura?

—T.R tiene unas dimensiones aproximadas de cuatrocientos kilómetros en su eje mayor y doscientos noventa en el menor —dijo al cabo—. La superficie total es de…

—Basta, no siga —cortó ella—. Antes de venir aquí me informe debidamente en el registro. Por eso conozco de sobras las características de T.R. y de ese modo supe también quién era su dueño Pero, en el registro, lógicamente no indican el precio. ¿Cuánto vale?

—Podría cobrarle mucho más, pero quiero dormir tranquilo —respondió Kerr—, Yo no soy, modestia aparte, como otros colegas que venden por diez lo que vale solamente uno y medio. El precio de un cuerpo celeste está, aparte de la voluntad del vendedor en función del volumen y de las posibilidades del beneficio que puedan existir.

»Ahora bien, en el caso de T.R., su misma aridez impide que se le pueda evaluar excesivamente. La costumbre es vender a tanto el kilómetro cúbico y, en este caso, teniendo en cuenta que el volumen de T.R es de unos veinticinco millones de kilómetros cúbicos, podría pedirle a razón de un «garant» por unidad de volumen. Pero eso sería tanto como robarle su caramelo a un niño de cinco años.

—En resumen, ¿cuál es el precio?

—Un décimo «de garant» por kilómetro cúbico. Esto es, dos millones y medio.

Impasible, Frynna abrió un bolso que llevaba al costado izquierdo, pendiente de su cinturón; sacó una libreta de forma alargada y escribió algo en una de sus hojas. Después de firmar, la arrancó y la puso sobre la mesa.

—Puede comprobar mi cuenta en el Banco de las Cien Galaxias —dijo—. El cheque será atendido inmediatamente, apenas lo ponga usted ante la pantalla de su videófono. Haga el favor de enviarme los documentos correspondientes, firmados y legalizados, al Gran Hotel. He tenido mucho gusto, señor Kerr.

Frynna se puso en pie. Iba a volverse, pero, de pronto, miró hacia la cortina.

—Ah, y diga a su… secretaria que no sea tan curiosa —se despidió.

Kerr quedó en el mismo sitio, con el cheque en la mano y una extraña sonrisa en los labios. Una hermosa mujer apareció a poco, cuando la visitante se hubo marchado, envuelta en una sábana, y sonrió maliciosamente, a la vez que ponía la mano encima del hombro del vendedor de planetas.

—Es guapa, ¿verdad?

—Bastante —contestó él—, Pero no tanto como tú. Oye, ¿no podías haber sido un poco más discreta? Ella se ha dado cuenta de que estabas aquí. Imagínate que hubiera sido tu esposo.

Sonó una risa burlona.

—Mi esposo está demasiado preocupado por la política para ocuparse de mis andanzas —contestó ella—. Pero, en ocasiones, hablo con él y me entero de cosas muy interesantes. ¿No sabes quien es Frynna Zalben?

—No, no tengo la menor idea. Es la primera vez que la he visto, aunque, según parece, tú la conoces bastante bien.

—Sólo de nombre. Nunca hemos cruzado una sola palabra. Pero quizá te convenga saber que es la prometida de Smohs Lukkiff.

—¿Quién es ese tipo?

—El más firme opositor del corrompido Gobierno actual y un hombre que. sospecho, no va a poder disfrutar de los innegables encantos de la hermosa Frynna Zalben —contestó la mujer.

* * *

El grupo de personas desembarcó de la astronave en un orden perfectamente establecido.

Primero descendieron los componentes de un pelotón de soldados, armados con fusiles de uso múltiple. Lo mismo podían disparar balas antiguas, macizas, que descargas de luz sólida o de láser, e incluso disponían de un pequeño depósito con cuatro proyectiles desintegrantes. Estaban a las órdenes de un capitán y formaron rígidamente en las inmediaciones de la escotilla de la nave.

Luego bajaron varios hombres, cinco de los cuales estaban ataviados con las túnicas moradas, que era el indicativo de su posición como jueces máximos del Máximo Tribunal Supremo. Había también algunos testigos y, en el centro de todos, un hombre de unos treinta y siete años, bien parecido y en cuyo rostro se advertía una indudable expresión de desánimo y abatimiento.

El hombre quedó entre los soldados que le custodiaban rígidamente. Uno de los jueces, con un documento en las manos, adelantó un par de pasos.

—Smohs Lukkiff, has sido acusado por el delito de alta traición, juzgado con todas las garantías y, comprobado tu delito, condenado a la pena que hemos dictado los miembros de este Máximo Tribunal. Dicha pena consiste en que quedarás abandonado en este asteroide, solo y hasta el día de tu muerte, y sin que nadie, bajo pena de vida, pueda venir a socorrerte y consolarte en tu aflicción. El edicto de la sentencia se hará publico y se establecerán los debidos controles para evitar que nadie pueda quebrantarla. Periódicamente recibirás un envío con víveres y agua suficiente para seis meses, sin noticias de ninguna clase del mundo exterior en un vehículo que se autodestruirá al tomar tierra en este asteroide.

Repentinamente, se oyó una voz aguda de mujer:

— ¡Alto! ¡No sigas, juez máximo!

El presidente del tribunal respingó.

La mujer había estado oculta hasta entonces tras unas altas rocas, situadas a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia, y había aparecido de una forma totalmente inesperada, sorprendiendo a los presentes.

—¿Quién eres tú, que te atreves a interrumpir esta solemne

ceremonia? —inquirió el presidente con severo acento.

Ella se detuvo a pocos pasos del grupo.

—Estás dictando una sentencia totalmente injusta —contestó—. Soy la propietaria de este asteroide y, según la ley, no se puede condenar a una persona a destierro perpetuo en un mundo que ya tiene dueño.

Frynna arrojo un rollo de papeles a los pies del juez.

—Antes de haber elegido este asteroide para que se cumpla la sentencia dictada contra un inocente, deberías haberte enterado de que podía ser ejecutada aquí. Y, también según la ley, cuando una sentencia ha sido dictada erróneamente, el acusado debe de ser declarado inmediatamente no culpable, que es lo que pido para Smohs Lukkiff .Tú y los demás miembros de ese Máximo Tribunal estáis aquí para administrar justicia y eso es lo que pido. Libera al acusado en el acto, juez

El presidente vaciló. Frynna se volvió hacia el condenado y le dirigió una mirada de ánimo. El rostro de Lukkiff expresó el renacimiento de sus esperanzas.

Hubo un instante de silencio. Súbitamente, uno de los jueces movió la mano bajo su túnica morada.

—Pese a todo, la sentencia se cumplirá —dijo—. El delito de alta traición no tiene perdón posible.

Un rayo de luz brotó de la mano apenas visible y alcanzó de lleno al acusado. Lukkiff lanzó un débil grito, se tambaleó un poco y, al fin. cayó al suelo.

Frynna lanzó un alarido de horror.

—¡Asesino! —clamó.

—Se ha hecho justicia —dijo fríamente el autor del disparo—. Presidente, es hora de que regresemos a Sybboro.

El aludido asintió. Desgarrada por el dolor, Frynna se precipitó sobre el cadáver del hombre amado y lo abrazó desesperadamente, como si quisiera volverlo a la vida. Sollozaba inconteniblemente, porque aquella muerte era la pérdida definitiva de todas sus ilusiones.

Al cabo de unos momentos, se incorporó un poco. La nave ya despegaba del suelo.

Frynna alzó un puño.

—Me vengaré —clamó—. Dedicaré toda mi vida y mi fortuna a ejecutar mi venganza, miserables y ruines asesinos. A partir de ahora, ninguno de vosotros va a poder dormir tranquilo.

El dolor acudió de nuevo y se derrumbó otra vez sobre el cuerpo inanimado de un hombre que ya no podía escuchar sus frases de odio y de venganza.

CAPITULO II

Había estado tomando unas copas con unos amigos y se disponía a regresar a su casa, a no demasiada distancia del local en que se había divertido un buen rato, cuando, de pronto, oyó una voz tenue:

—No vendas Bettin o morirás.

Kerr se sobresaltó. Miró a su alrededor, pero no pudo localizar al autor de la anónima llamada. Había demasiada gente y, al cabo de unos instantes llegó a la conclusión de que todo había sido una ilusión de sus sentidos.

—Me parece que he tomado una copa de más —se dijo.

Kerr era prudente con el alcohol y decidió retirarse. Cuando llegó a su casa, recibió una enorme sorpresa.

Había una mujer allí. Estaba sentada en uno de los butacones y llevaba una indumentaria semejante a la de la vez anterior, sólo que ahora el tejido era de color rojo oscuro, con bordes negros, y no llevaba adornos de oro y piedras preciosas.

El pelo y los ojos, sin embargo, no habían cambiado de color. Frynna tenía las piernas cruzadas y Kerr pudo apreciar unos contornos de singular perfección.

—No he visto a su secretaria —dijo ella maliciosamente.

—Una secretaria suele resultar siempre algo muy costoso —sonrió Kerr—, ¿Cómo ha entrado en mi casa, noble señora?

—Llevo un anulador de cerraduras. Me costó caro, pero en ocasiones resulta útil. Le vi en La Reina del Espacio, pero no me pareció lugar apropiado para discutir de negocios.

—Ah, ha venido por negocios.

—Quiero comprarle un planeta, vendedor.

—¿Otra vez? —sonrió él—, ¿No quedó contenta con la anterior compra? Ya le advertí que podía resultar defraudada.

—Sí, quedé defraudada, pero no por los motivos que usted imagina.

Kerr dejó de sonreír.

—He oído la historia de lo que sucedió allí —manifestó—. Lamento lo ocurrido, noble señora.

—Hace ya algo más de un año y me parece que ha pasado un siglo —respondió Frynna—, A veces, me siento como una anciana.

—¿Usted? —se sorprendió él—. Es la viva estampa de la juventud y la vitalidad, elementos que se complementan con su belleza, noble señora. ¿Cómo puede decir que se siente vieja?

—Si sabe lo que pasó en T.R., comprenderá mi estado de ánimo. Pero en fin, como hablábamos antes, estoy aquí por negocios. Usted tiene en venta un asteroide y yo quiero comprárselo.

—Bueno, si es su capricho... ¿Cuál es el objeto de su compra?

—El nombre oficial es B. T. T. N. -05.

—¡Bettin! —resopló él.

—Sí, así se llama informalmente. Pero, ¿de qué se sorprende usted, vendedor?

Kerr no contestó por el momento. Fue a una consola, suspendida en el aire, y llenó una copa de un líquido rojo como el rubí.

—Póngame otra a mi. por favor —pidió Frynna.

Kerr asintió Entregó la copa a la joven y luego probó un sorbo de la su > a

— Está preocupado por algo —adivinó ella—. ¿Qué le sucede, vendedor?

—Una cosa muy extraña. Cuando estaba en la taberna, alguien, al que no pude ver, pero sí oír, me dijo casi al oído: «No vendas Bettin o morirás.»

* * *

Frynna miró fijamente al hombre que estaba frente a ella. Al cabo de unos segundos, rompió el silencio en que habían caído ambos, diciendo:

—¿Habla en serio, vendedor?

—Completamente en serio, noble señora. Pero, por favor, dígame, ¿qué interés tiene Bettin para usted?

—Eso es cosa mía —respondió Frynna vivamente—, ¿Me lo vende o no? Porque, según el registro, usted es propietario legal de Bettin.

—Sobre eso no hay duda alguna. Bettin me pertenece.

—Y no me pregunte por qué quiero comprarlo, después de ser la propietaria de T.R., porque no se lo diré.

—Jamás suelo preguntar a mis clientes los motivos de la compra de un planeta —dijo Kerr gravemente—. Simplemente, espero que me paguen.

—Sobre mi solvencia financiera las dudas sobran. Bien, ¿qué me dice de Bettin?

—Puesto que parece absolutamente resuelta a comprar, sólo le preguntaré una cosa: ¿conoce las características de Bettin?

—Sí. Mide unos doce kilómetros de largo, por diez de ancho y once de grueso. Un cubo de roca casi perfecto, pero con una densidad anormalmente elevada, al menos para su volumen. Sin embargo, esa densidad no es lo suficiente como para que pueda mantener una atmósfera respirable.

—Así es Bettin, en efecto —convino Kerr—, Bien, ese pedrusco me pertenece y ahora va a cambiar de propietario…

—¿Al precio de…?

—Aproximadamente, son mil trescientos kilómetros cúbicos. En esta ocasión tengo que cobrarle algo más: diez «garants» por kilómetro cúbico.

—¿Nada más? —se extrañó ella.

—Le cobro cien veces más por kilómetro cúbico que en el caso de T.R.

—Pero es que Bettin vale… —Frynna se interrumpió súbitamente —, Está bien, no discutamos más. Acepto el precio, vendedor.

Kerr hizo una grave reverencia.

—Gracias, noble señora. ¿Puedo preguntarle si se aloja en el mismo hotel que en la ocasión anterior?

—No. Ahora tengo casa propia. Avenida 601, C.S.A. 8144.

—¡Casa suspendía en el aire! —respingó Kerr—. Eso debe costarle carísimo.

Frynna sonrió.

—Puedo permitirme el lujo de tener una casa separada treinta metros del suelo. Evita muchas incomodidades, no digamos posibles ladrones, y también visitas no esperadas —explicó—. Por favor, envíeme los documentos de propiedad mañana mismo, sin falta. Estaré todo el día en casa, de modo que puede hacerlo en el momento que desee.

—Quizá los lleve personalmente, noble señora.

—A su gusto, vendedor.

Frynna se puso en pie y arregló los pliegues de su vestido.

—Da gusto tratar con personas como usted —añadió.

—Gracias, noble señora, si me permite...

—Sí, desde luego, diga lo que guste.

—Parece que ha superado... lo que podríamos llamar trauma emocional, producido por algo que sucedió un año antes.

Los ojos de Frynna emitieron repentinamente vivos destellos de cólera.

—¡Jamás! —contestó—. Por muchos años que viva, nunca olvidaré lo que ocurrió en T.R., se lo aseguro.

Kerr se sintió muy sorprendido al escuchar aquella violenta respuesta, pero, discreto, se abstuvo de hacer ningún comentario sobre el particular. Acompañó a la joven a la puerta del apartamento y luego regresó a la sala, profundamente preocupado por algunos aspectos de la visita.

¿Qué interés podría tener Frynna en un miserable pedrusco, de valor poco menos que nulo?

¿Por qué alguien, un desconocido sin duda, le había amenazado con matarle si vendía Bettin?

El asteroide, sin embargo, poseía una importancia debida a algún factor que él desconocía por completo. Lo había señalado y luego registrado como propio, al regreso de sus viajes de prospección por el espacio, pero más por rutina que por verdaderos deseos de ser su dueño y, desde luego, sin esperanzas de venderlo algún día?

Pero, de repente, una hermosa joven quería comprarlo. Y alguien quería evitar esa compra.

«¿Quién?», se preguntó.

—Quizá lo sepa mejor si puedo averiguar qué diablos hay en ese trozo de roca que vaga por el espacio —murmuró.

Pero en el registro no le dirían nada, porque allí era imposible saberlo.

Tendría que investigar en otra parte, aunque, de momento, no se le ocurría dónde.

* * *

Por la mañana, redactó los documentos en la máquina de escribir que actuaba por impulsos orales, y luego se dispuso a llevarlos ante el notario que atestiguaría la legitimidad de la operación. Cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta.

El visitante era un hombre alto, delgado, pero no enclenque, de rostro aquilino, ojos penetrantes y sonrisa sardónica.

—¿Taryl Kerr? —preguntó.

—Yo mismo, señor...

—Shudd, Jano Shudd. ¿Puedo pasar, señor Kerr?

El joven consultó su reloj.

—Tengo una cita muy importante. Sólo puedo concederle cinco minutos —respondió, a la vez que se echaba a un lado.

—Será más que suficiente. Yo voy a formularle una proposición de compra y usted me responderá en el acto, afirmativamente, espero, porque pienso ofrecerle un precio altamente beneficioso. ¿Ha comprendido?

—Perfectamente, amigo mío. ¿Qué clase de planeta desea comprar?

Shudd se echó a reír.

—Ah, ha adivinado mis intenciones —dijo.

—¡Naturalmente! Yo no vendo coles o lechugas, señor Shudd.

—Tiene usted razón —contestó el visitante—. La oferta económica son diez millones. El objeto de compra es el asteroide denominado oficialmente B. T. T. N.-05

Kerr procuró mantener la misma expresión.

—Bien, señor Shudd, usted me ha oído decirle que dispongo de poco tiempo —contestó—. En principio, la oferta me parece excelente, pero ahora, repito, no puedo entretenerme demasiado. ¿Por qué no viene en otro momento y discutimos el asunto sin prisas?

—¿Acaso le parece poco dinero por un asteroide de sólo mil trescientos kilómetros cúbicos?

El joven sonrió.

—Soy vendedor —dijo—. Y raramente accedo a cerrar una operación a las primeras de cambio. Usted ha ofrecido una cifra, pero quizá a mí me parezca insuficiente.

—¡Doce millones! —exclamó Shudd vivamente.

—Querido señor Shudd —dijo Kerr, mientras ponía una mano en el hombro del sujeto, con aire confianzudo—, las prisas en determinados negocios no sólo no son buenas, sino que pueden dar resultados funestos. Venga en otro momento y hablaremos con más calma, ¿eh? Y ahora, dispénseme, pero no puedo perder ya un minuto más. He tenido mucho gusto en conocerle, créame.

Shudd se quedó aturdido por la rapidez con que Kerr pronunciaba las palabras. Antes de que pudiera reaccionar, se sintió suave pero firmemente empujado hacia la puerta y diez segundos más tarde se encontraba completamente solo en el corredor de la planta en que vivía el joven.

Por su parte, Kerr estaba resueltamente decidido a averiguar por qué. de repente, dos personas se interesaban por lo que él estimaba no era sino una especie de inútil ladrillo espacial.

«¿Qué diablos hay en Bettin?», se preguntó una vez más, terriblemente intrigado por los inesperados deseos de un hombre y una mujer que querían convertirse en propietarios del asteroide.

CAPITULO III

Aunque algunos pudieron acusarle de avidez por el dinero, Kerr no actuaba siempre impulsado por móviles económicos. La cifra ofrecida por Shudd era enormemente superior a la acordada con Frynna, y otro, en su caso, habría aceptado sin vacilar la segunda oferta. Pero en aquel asunto había algo más que el interés meramente monetario.

A pesar de que no tenía la intención de echarse atrás en el trato acordado verbalmente, Kerr pensó que debía saber qué había exactamente en Bettin. En el registro, por supuesto, no encontró nada que no supiera ya.

Preparó los documentos y se dispuso a visitar a la hermosa mujer. En su aeromóvil privado, movido por antigravedad y con piloto que programaba automáticamente la ruta, que se le podía señalar tanto manualmente como con la voz, se dirigió hacia el final de la Avenida 601. Encontrar la casa suspendida en el aire no le resultó difícil.

Era una construcción de forma esférica, con grandes ventanales, cuyos mecanismos, además de mantenerla constantemente al mismo nivel sobre el suelo, la hacía girar de acuerdo con la posición del sol, para recibirlo en las habitaciones principales. La casa, en sí, no tenía nada de particular externamente: un gran globo de metal, con dos plantas y amplios ventanales. Los detalles del interior serían la medida del gusto en la decoración de la propietaria, pensó.

Pero Frynna no estaba en su casa.

Al pie, en el trozo de terreno que pertenecía a la vivienda, había un poste de metal que sostenía tanto el buzón del correo como un transmisor que permitía comunicarse con el edificio suspendido en el aire. Kerr se acercó al poste y tocó la tecla de contacto. Casi en el acto, oyó una voz, que procedía de una grabación:

«He tenido que salir. Ignoro cuándo podré regresar. Por favor, llámeme para concertar una nueva entrevista, señor Kerr. No he variado de pensamiento respecto a la operación acordada ayer. Muchas gracias.»

Kerr lanzó una gruesa interjección. Podía grabar también un mensaje y decidió hacerlo, después de depositar los documentos en el compartimiento destinado a correo.

«Le dejo los documentos de compra de Bettin —recitó—. Están debidamente legalizados, a falta únicamente de su firma. No es necesario que se moleste en venir de nuevo; puede remitirme el

cheque directamente a mi banco. Gracias, noble señora.»

Podían intentar robar los documentos, desde luego, pero antes tendrían que inutilizar la alarma que había en el buzón y que emitía unos penetrantes silbidos si querían forzarlo. Estaban seguros allí y, a fin de cuentas, se había librado de un estorbo.

Se sacudió las manos, como si se limpiara el polvo, y regresó al aeromóvil.

A la noche, estaba tomando unas copas en El Sol Rojo, ; con un veterano del espacio, ya retirado, y que mostraba en su rostro las cicatrices de una vida harto pródiga en aventuras de todas clases.

El único ojo de Furt Donley miró espectacularmente al hombre que se había sentado frente a él. Donley había perdido el otro ojo muchos años antes, y aunque solía decir que era consecuencia de una esquirla de roca, que había saltado tras una inoportuna explosión de cateo, los maliciosos aseguraban que Donley podía darse por contento con haber perdido un solo ojo. En Zhamiz IV, los maridos burlados dejaban al autor de la ofensa inferida a su honra en condiciones de no interesarse jamás por el sexo opuesto.

Donley sostenía que eran calumnias, Zhamiz IV, si embargo, quedaba muy lejos y no merecía ir a comprobar la historia que contaban los burlones comentaristas. Kerr, por supuesto, se abstuvo de mencionar nada sobre el particular.

Donley aceptó sin remilgos la invitación que le había hecho el joven. Pero no fue tampoco tardo en iniciar el diálogo sobre algo que suponía iban a mencionarle.

—A ti te interesa un problema y no sabes cómo decírmelo —adivinó—. Y apostaría doble contra sencillo a que se trata de un planeta en venta.

—Bueno, seamos modestos —sonrió Kerr—. No llega ni siquiera a satélite de un planeta. Dejémosle en un cuerpo espacial de mil trescientos kilómetros cúbicos. El nombre oficial es B.T.T.N.-05. Furt, nunca conocí a un hombre que conociera mejor su oficio. Tú, naturalmente.

—Quieres adularme, ¿eh?

—Vamos, vamos, Furt. Fuiste el mejor en tu especialidad mientras permaneciste en activo. De algunos médicos se dice que tienen un ojo clínico poco menos que mágico. Apenas echan un vistazo al paciente,

ya tienen listo el diagnóstico. A ti te pasa lo mismo con los cuerpos siderales.

—Hombre, no tanto —se esponjó el veterano, evidentemente halagado por las palabras de Kerr—, Pero sí, era bueno en mi oficio. ¿Has dicho Bettin?

—Exactamente, Furt.

Donley se frotó la mandíbula inferior, señalada por una cicatriz oblicua que iba desde la comisura izquierda de la boca hasta el lado opuesto, junto al borde. El ojo útil volvió a chispear.

—No estuve nunca en Bettin —dijo al cabo—. Y he oído algunos rumores… Tú ya sabes que un minero del espacio, en el fondo, no se retira jamás. Siempre vienen a pedirte consejo sobre la mejor máquina o herramienta, o la clase de equipo que se necesita en una prospección…

—¿Qué has oído sobre Bettin? —preguntó el joven ansiosamente.

—Aguarda un momento. Antes de contestarte, quiero saber si tienes a mano todos los datos sobre ese asteroide.

—Sabia que me los pedirías —contestó, a la vez que ponía un papel sobre la mesa.

Donley estudió las cifras y datos escritos en el documento. Durante algunos minutos se concentró en la tarea, pero, de pronto, lanzó una exclamación:

—¡Esto es muy interesante, muchacho!

—¿A qué te refieres, Furt?

—Los datos gravitométricos —respondió el veterano—. Según los análisis, Bettin está compuesto, prácticamente en su totalidad, por roca principalmente granítica. Ello da una densidad aproximada de tres coma cinco.

—Sí, más o menos una roca terrestre. Recuerda lo que dicen los científicos acerca de la existencia de tantos asteroides en esta zona del espacio. El planeta que explotó y demás… Lo mismo con el cinturón de asteroides en el sistema solar, entre Marte y Júpiter.

—Exactamente —confirmó Donley—, Las indicaciones de los aparatos señalan una densidad anormal. Si todo Bettin estuviese compuesto por los mismos materiales, e incluso aunque hubiese

porciones apreciables de ciertos minerales algo más pesados que el granito, la densidad total no rebasaría cifras apreciables. Bettin tendría que pesar unos cuatro billones y medio de toneladas y, sin embargo, pesa muy cerca de cuatro billones novecientas mil toneladas. En el espacio, cualquiera que sea la región de la Galaxia, sólo hay una sustancia cuya densidad alcance esas cifras, es decir, el exceso entre lo que Bettin debería pesar y lo que pesa realmente.

—¿Y esa sustancia es...? —dijo Kerr ávidamente.

En la boca del viejo minero apareció una ladina sonrisa.

—¿No eres capaz de adivinarlo tú? Un vendedor de planetas, imagino, debe poseer conocimientos elementales de geología. También debe conocer las densidades de los distintos materiales sólidos que se pueden encontrar en el suelo de un cuerpo sideral. Vamos, hombre. ¿Qué diablos de sustancia alcanza una densidad semejante?

Kerr se quedó sin aliento.

—No..., no es posible... —jadeó.

Donley movió la cabeza arriba y abajo repetidas veces.

—Eso confirma los rumores que he oído —respondió—. Parece increíble, pero según los datos del densímetro y del gravitómetro, debe de haber en Bettin una cantidad muy aproximada, si no superior, a los dos kilómetros cúbicos, es decir, dos mil millones de metros cúbicos.

—Casi cuarenta mil millones de toneladas... de ese material.

—Exacto, joven amigo. —Donley levantó su copa—. ¡Por el afortunado poseedor de algo que jamás se había visto en la historia de las exploraciones espaciales! —brindó.

Kerr meneó la cabeza. Iba a decir que aquella colosal fortuna no era suya, ya que no le pertenecía, pero prefirió callar. A fin de cuentas, a nadie le interesaba saber que Bettin era de otra persona y que él había perdido la mejor ocasión que se le había presentado hasta entonces y que, seguramente, no volvería a presentársele durante el resto de su existencia.

Sonrió y levantó también su copa.

—Gracias, Furt —contestó. Y después de tomar un buen trago, preguntó—: A propósito, ¿cual es el precio de ese material, hoy día, en los mercados interplanetarios?

Donley hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Oh, creo que ahora está en unos seis «garants» y medio la onza, es decir, alrededor de veinte los cien gramos. Si tenemos en cuenta que un decímetro cúbico pesa diecinueve mil trescientos veinte gramos, tendrás que cada una de dichas unidades de medida vale casi tres mil novecientos «garants». Multiplica esto por mil, que es lo que tiene un metro cúbico, y tendrás alrededor de cuatro millones. Sigue multiplicando...

—Basta, por favor —rogó el joven—. Me voy a marear con esas cifras, viejo zorro. Ya tengo bastante, ¿comprendes?

Donley asintió y volvió a levantar la copa.

—Que la riqueza no te ciegue, Taryl Kerr —deseó sinceramente.

Unos minutos más tarde, Kerr abandonaba la taberna, con multitud de preguntas apelotonándose en su cabeza. ¿Cómo había legado a saber Frynna la enorme riqueza existente en Bettin? ¿Quién había informado a Shudd de las inmensas posibilidades del asteroide? ¿Deseaba Frynna la riqueza para ejecutar su venganza? ¿Qué otros móviles podían existir en los propósitos de Shudd al intentar comprar el asteroide?

Kerr dejó sus pensamientos a un lado cuando, inesperadamente, vio a tres sujetos que le cerraban el paso con intenciones no precisamente amistosas.

* * *

La amenaza que un desconocido había proferido días antes a su oído parecía iba a hacerse realidad. Kerr se preparó para la pelea que juzgaba inevitable.

Por su profesión había conocido a gentes de todo pelaje. Un ingeniero, amigo suyo, le había regalado una vez un curioso aparatito.

—Deseo que no tengas que usarlo nunca, pero, si llega la ocasión, no abuses del tiempo de funcionamiento —le había dicho, al enseñarle su manejo.

Después de recibir la amenaza, Kerr había estado preparado constantemente. Ahora era llegada la ocasión de comprobar la maravilla construida por su amigo.

Los tres individuos dieron unos pasos hacia él: uno en el centro y los otros dos en los flancos, como si quisieran encerrarle en el centro.

Eran sujetos terriblemente fornidos, con toda seguridad, oriundos de Brighosh IX, el planeta en el que los hombres de menos de dos metros de estatura y noventa kilos de peso eran considerados casi como enanos.

Ninguno de aquellos tres sujetos medía menos de dos metros veinte y su peso rebasaba muy bien los ciento treinta kilos.

—¿Por qué tres contra mi? —preguntó.

—Nos gusta evitar las sorpresas —contestó el del centro. —Queréis ganaros el dinero que os han pagado por mi pellejo.

—Es la vida, amigo. Unos ganan, otros pierden.

De súbito, el que tenía a su derecha se precipitó hacia el joven, lanzando al mismo tiempo un siseante aullido, de escaso volumen. Kerr no se inmutó y disparó el brazo derecho, completamente recto, con el puño cerrado.

Se oyó un horrible chasquido. El brighoshiano saltó hacia atrás, arrojando torrentes de sangre por la boca, con la caja torácica hundida. Antes de que los otros se recuperasen, Kerr movió el mismo brazo en semicírculo, como si asestase un revés con la mano, sólo que seguía con el puño cerrado.

El golpe alcanzó de lleno el lado izquierdo de un cráneo, cuyos huesos cedieron en el acto. El sujeto dobló las rodillas y cayó bruscamente como un buey apuntillado.

Kerr se movía con una velocidad casi imposible de seguir con la vista. Lanzándose hacia adelante, agarró al tercer brighoshiano por el cuello y lo sujetó contra la pared más cercana, a la vez que hacía que sus pies perdieran casi el contacto con el suelo.

El matón se hallaba estupefacto. Sus dos compinches habían muerto instantáneamente, a consecuencia de sendos golpes propinados por un hombre de aspecto corriente y cuya fortaleza física no podía compararse con la suya. El brighoshiano se sentía como un chiquillo de pocos años en la mano de Kerr.

—Habla —pidió el joven—. Habla o te laminaré el cuello.

El sujeto agitó una mano.

—A… afloja un… un poco… —gorgoteó.

Kerr cambió la mano de posición y la apoyó en el pecho del

sujeto, pero sin dejar de ejercer una presión claramente intimidatoria.

—Alguien os pagó para quitarme de en medio —dijo Kerr—, ¿Cuál es su nombre?

—Oris Homm —contestó el brighoshiano—. Nosotros no le conocíamos. Vino a buscarnos a la taberna El Tridente de Plata.

—Y os pagó, ¿cuánto?

—Mil a cada uno, noble señor.

Brighosh, pensó Kerr, era un planeta mísero, con pocas perspectivas. Sus habitantes se alquilaban como forzudos para las más diversas profesiones, incluyendo la de asesino a sueldo. Para un brighoshiano, mil «garants» era una fortuna.

Pero los brighoshianos tenían una virtud: sabían ser leales y apreciaban enormemente la capacidad del adversario que podía derrotarles.

De súbito, Kerr concibió una idea.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Darro Danno, noble señor.

—Darro, voy a contratarte para que estés a mi servicio — Kerr aflojó la presión de sus manos—. Cincuenta diarios y la manutención..., y tú no eres precisamente un tipo inapetente.

Danno sonrió.

—Como solamente lo justo, noble señor —respondió.

—Conmigo no pasarás hambre y ganarás un buen dinero. ¿Aceptas?

—Por supuesto. Encantado de la vida, señor.

—Sí, sobre lodo eso, encantado de seguir vivo, Darro. Anda, sígueme.

Kerr dio media vuelta y echó a andar, seguido por el brighoshiano como un perro fiel. Habían hecho un pacto y Dan no ya no lo rompería jamás.

Le había vencido y eso era algo que un brighoshiano tendría siempre presente. Disimuladamente, desconectó el multiplicador de

energía muscular que le había servido para la victoria sobre sus atacantes.

—Tiene una fuerza prodigiosa, señor —dijo Danno—, Nunca había visto nada semejante.

—Bah, no tiene importancia. Hago ejercicios de entrenamiento con frecuencia —contestó el joven, que no quería revelar algo que sólo muy pocos conocían. Por el momento, era mejor que Danno continuase creyendo en su prodigiosa potencia muscular.

—¿Puedo saber adonde vamos ahora, señor?

—Al Tridente de Plata. ¿No es allí donde te contrataron?

—Tendré que devolver el dinero que me pagaron…

—Conmigo ganarás tres veces más y, sobre todo, no tendrás que matar por un miserable puñado de monedas.

CAPITULO IV

Había mucha gente en la taberna y abundaban las mujeres hermosas y escasamente vestidas. Desde el umbral, Kerr exploró con la vista en abigarrado interior del local.

Una taberna era siempre una taberna, desde tiempo inmemorial, no importaba si en ella había legionarios romanos o navegantes del espacio. El ser humano no cambiaba jamás, pensó Kerr.

—¿Puedes verlo desde aquí? —preguntó.

—Si —contestó Danno—. Está allí, al fondo, sentado con aquella mujer del pelo de plata.

—¿Tenías que informarle de mi muerte?

—Sí, noble señor.

—Está bien. Quédate fuera y aguárdame.

—Puedes correr peligro…

—Sé cuidarme. ¿O ya no lo recuerdas, Danno?

Danno sonrió.

—Tengo muy buena memoria, señor —contestó.

Kerr franqueó el umbral y avanzó a través de la espesa muchedumbre que atestaba la taberna. De pronto, una hermosa mujer, de largos cabellos negros y senos opulentos, le. cerró el paso.

—Tú eres Taryl Kerr, vendedor de planetas.

—Tu cara me es conocida, aunque no recuerdo de momento.

—Mis cabellos son una peluca. Gusto más así a los hombres. Debajo hay un pelo rubio precioso.

Kerr estudió unos instantes el rostro de la mujer, que no contaba más de treinta y dos años. Luego sonrió.

—Dessa Mhar —dijo.

—Estudiamos juntos. Hace doce años, Taryl .

—¿Y bien?

—Tal ves para qué me han servido los estudios —contestó ella melancólicamente.

—Lo siento, Dessa.

— Bah, la vida es así. ¿Me invitas a una copa?

Kerr dudó unos instantes. Luego accedió y agarró el brazo de la joven.

—Claro, Dessa. Vamos a celebrar nuestro encuentro.

Se acercaron al mostrador, aunque él maniobró para encontrarse lo más cerca posible de la mesa de Homm. El sujeto no había advertido aún su presencia. «O no me conoce personalmente», pensó.

Una atractiva camarera sirvió dos copas. Dessa cogió la suya.

—Estás en un aprieto —dijo a media voz.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Vi antes a un tipo, hablando con tres brighoshianos. Les dio unos puñados de billetes. Oí pronunciar tu nombre. Te llamé a tu casa, pero no estabas.

—Ese tipo, ¿es el mismo que está sentado con la chica del pelo de plata?

—Sí, Taryl.

—¿Lo conoces?

—He preguntado por él a gente de mi confianza. Creo que trabaja para un tal Jano Shudd.

Kerr hizo un gesto de asentimiento.

—He hablado con él, pero desconozco otros detalles.

—Bien, en tal caso, creo que te conviene saber que Shudd es el hombre de confianza de Theros Hjitamir, el todopoderoso ministro de Paz Interna, que es el nombre que se da al máximo jefe de la policía. Shudd ejecuta todas las tareas sucias que le encarga Hjitamir y tiene tantos escrúpulos con sus adversarios como un tiburón con su presa.

—Voy entendiendo. ¿Algo más?

—Sólo he oído muy vagos rumores. Una conspiración de altos vuelos en la que están involucrados personajes de categoría… pero eso es todo. No te mezcles en esos asuntos, Taryl; pueden resultar muy peligrosos.

—No suelo hacerlo; lo malo es que alguien me ha mezclado ya contra mi voluntad —contestó Kerr.

El semblante de Dessa se oscureció.

—Puedes pasarlo muy mal —opinó.

—Por eso precisamente estoy aquí —dijo él—. Para hablar con ese…

La mano de Dessa se crispó súbitamente sobre el brazo del joven.

—¡Cuidado, Taryl!

Kerr empezó a volverse. Ella le empujó con fuerza.

Durante una fracción de segundo Kerr pudo ver a Homm que tenía el brazo derecho estirado, tendido hacia él. Oyó un ligero chasquido y, en el mismo instante, Dessa lanzó un gemido y se tambaleó.

Homm se puso en pie de un salto y echó a correr. Kerr apreció que buscaba otra salida, para evitar usar la puerta principal, pero Dessa se vencía ya hacia adelante y apenas si tuvo tiempo de recogerla en brazos.

El rostro de la joven estaba horriblemente pálido. Espantado, Kerr vio en el centro de su pecho, entre los senos, el extremo de un proyectil estriado, con tres acanaladuras, hundido casi en su totalidad en el cuerpo de la joven.

Era una herida mortal de necesidad. Dessa respiraba cada vez con más dificultades. Kerr se arrodilló a su lado.

De pronto, ella abrió los ojos.

—Estoy… lista… —susurró—, Taryl… quítame… la peluca; no quiero morir con algo que… que no es mío…

Kerr arrancó la peluca de un manotazo. Los hermosos cabellos rubios de Dessa, muy cortos, aparecieron inmediatamente a la vista.

—Esto… sí… es mío… —sonrió la joven.

Bruscamente, dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil. Kerr no reparó siquiera en el círculo de curiosos que les rodeaban. Una hermosa mujer, una antigua conocida, había muerto, salvándole la vida al mismo tiempo.

«No te lo perdonaré nunca, Oris Homm», pensó amargamente.

De pronto, se produjo un formidable revuelo. Danno llegó, apartando a la gente como si fuesen simples muñecos de paja.

—¿Te ocurre algo, señor? ¿Puedo serte útil? —preguntó.

De pronto vio el cadáver de Dessa y se estremeció.

—¿Quién la ha matado? —rugió, porque comprendía que la muerta había sido amiga de Kerr.

—Eso no importa ahora, Danno —contestó el joven, a la vez que levantaba en peso el inerte cuerpo de Dessa— Ya nos ocuparemos de él algún día, no te preocupes.

Danno alargó los brazos.

—Yo la llevaré, señor —dijo-, Y si piensas vengarte de tu asesino, cuenta conmigo en todo momento.

* * *

Kerr fue al día siguiente a casa de Frynna. En el poste encontró un mensaje verbal:

«He recibido los documentos. Su cheque está ya en el banco. Le doy las gracias por todo, señor Kerr. Quizá no nos volvamos a ver ya nunca. Si usted fuese vendedor de casas, le habría ofrecido la mía para que la vendiese en buenas condiciones, pero sólo vende planetas y me pareció que sería una humillación proponerle la operación.»

Kerr apretó los labios. Aquel mensaje indicaba sobradamente los proyectos de Frynna, puestos en ejecución, por lo que se veía, sin pérdida de tiempo. Se había marchado y, no cabía la menor duda, con rumbo a Bettin.

¿Se fue sola? ¿La acompañaba alguien?

Por el momento, no podía encontrar respuesta para aquellas preguntas. Antes tenía que hacer algo muy importante.

Solo tres personas asistieron al entierro de Dessa: él, Danno y el viejo minero, que se había enterado del suceso y quería testimoniar así su pesar a Kerr. Cuando la ceremonia hubo terminado, los tres hombres subieron al aeromóvil del joven.

—¿Qué piensas hacer ahora? —pregunto Donley—. ¿Tal vez viajar a Bettin?

—Todavía no lo sé, Furt. Antes me gustaría encontrar al asesino de Dessa.

—No te molestes en buscarlo; estará bien protegido. Suponiendo que no lo hayan quitado de en medio.

—¿Tú crees?

—Primero, es un testigo molesto. Segundo, anoche cometió dos errores: tú te salvaste del ataque de los amigos de Darro y luego él mató a otra persona distinta de la que se deseaba eliminar. En esta clase de negocios, los errores se pagan caros y no precisamente con dinero.

Kerr comprendió perfectamente los argumentos del viejo minero y asintió con la cabeza.

—Yo también he oído algo, pero posiblemente menos aún que Dessa. Sin embargo, creo que hay quien acaso podría darte más detalles sobre el particular.

—¿De veras?

—Habla con Artha Nul —indicó Donley—. Es la dueña de la Casa de los Cien Mil Proyectos.

Kerr dio un respingo.

—Cien Mil Proyectos —exclamó—, ¿Qué significa eso, Furt?

—Proyectos de placer —rió Donley—, Tú llegas allí, expones tu proyecto a Artha y, si tienes el dinero suficiente lo consigues, sea lo que sea.

—¡Esa casa debe de ser un antro de perversión! —se estremeció el joven.

—Bueno, siempre exagera algo. El nombre, desde luego atrae mucho a la clientela, pero luego, en el fondo, no se hacen cosas que no se hagan en otros lugares por el estilo. Nada de torturas con sangre a las chicas, ni siquiera azotes con látigos y cosas así. Pero si no tienes bastante con una y aguantas a diez a la vez...

—No sigas, me imagino el resto. Está bien, hablaré con Artha. —Dile que vas de mi parte. O, mejor dicho, yo hablare previamente con

ella y le diré que le envío...

—Le envías a un buen amigo tuyo, con dinero y caprichoso —indicó el joven.

—Si, tienes razón; es lo mejor —convino el viejo veterano.

* * *

Kerr se llevó una enorme sorpresa, porque esperaba encontrar a una mujer de edad madura, gorda y sebosa, y halló a una elegante dama, alta, esbelta, de ademanes mesurados y porte sumamente distinguido. Artha Nul contaría unos cuarenta años, pero aparentaba casi diez menos. Y resultaba tremendamente atractiva.

Pero también se advertía experiencia y astucia en sus bellos ojos casi amarillos. Era la mirada de una pantera, aparentemente relajada, aunque dispuesta a saltar sobre su presa en cualquier instante.

—Furt me ha hablado mucho de ti, Taryl Kerr —dijo Artha, después de los primeros saludos—. Y, a decir verdad, yo también he oído sonar mucho tu nombre, aunque no había tenido hasta ahora el placer de conocerte personalmente.

—Debo darte las gracias por tus amables frases, Artha —contestó el joven—. Permíteme que te suplique perdón, antes de continuar hablando.

—¿Perdón? —Ella arqueó las cejas—. No entiendo, Taryl; que yo sepa, no me has ofendido.

—Cuando me hablaron de ti, pensé inmediatamente en una mujer de sesenta daños, gorda, sudorosa, de pelo teñido y cara pintarrajeada, rebosando joyas por todos tos poros de su cuerpo y devoradora de bombones... Artha se echó a reír.

—Eres un chico encantador, Taryl —dijo—. Celebro haberte decepcionado.—No. no. lodo lo contrario: me ha causado un gran placer saber que estaba equivocado.

—Gracias, Taryl. Dime, ¿en qué puedo servirte?

—Bueno, Furt me habló de tu casa. Yo no la conocía y me dije que una visita aquí resultaría muy conveniente.

Kerr había decidido no actuar de frente. Era preciso ser cuidadoso con lo que decía y hacía. El poderoso Theros Hjitamir debía de tener espías por todas partes y las casas como la de Artha eran lugares

idóneos para disponer de confidentes que le mantuvieran constantemente informado de cualquier detalle interesante.

Todos los ministros de policía, de todos los tiempos y todos los mundos habitados, habían actuado siempre de la misma manera, se dijo.

—Está bien. Dime qué deseas.

—Cuando venia hacia aquí, pensé en un proyecto de placer muy peculiar. He cambiado un poco de opinión —contestó el joven.

—¿De veras? Por favor, dime de qué se trata.

—¿Por qué no ejecutamos ese proyecto entre los dos?

Artha le dirigió una mirada a través de sus largas pestañas.

—No acostumbro realizar proyectos con los clientes —respondió.

—Furt es tu amigo y yo soy amigo de Furt. Considérame también como un amigo.

—Sabes encontrar los argumentos apropiados —dijo ella, riendo suavemente.

De pronto se puso en pie. Hasta entonces había estado recostada en un lujoso diván de color fucsia, que hacía contrastar la blanca piel de su cuerpo y el negro del vestido que llevaba puesto. Era una maestra de la escenografía dedicada a resaltar su figura, pensó Kerr.

—Un vendedor de planetas como tú, debe de tener sin duda mucha imaginación para prosperar en su oficio —dije Artha—, Pero supongo que también la debe de tener pare otras cosas.

—Si te refieres a proyectos de placer, mi imaginación no conoce límites —respondió él audazmente.

—Por ahora sólo son palabras.

—¿Por qué no pasamos a la práctica?

Artha rió suavemente y se soltó una de las hombreras de su vestido.

—Tengo ganas de conocer el primero de tus proyectos —dijo.

—La noche será demasiado corta para que puedas conocerlos todos —aseguró el joven.

Pero sería más que suficiente para sonsacar a Artha. A fin de cuentas, no empleaba sólo su imaginación en la venta de planetas.

También encontraría las suficientes ideas para arrancar a aquella hermosa mujer todo lo que sabia respecto a la conspiración tramada por Hjitamir y sus secuaces.

CAPITULO V

Kerr entró en su apartamento como una tromba, a poco de haber nacido el nuevo día. Casi tropezó con Danno, tendido en el suelo a pocos pasos de la entrada, sobre una enorme piel de oso de Tphar-2.

Kerr emitió un respingo, mientras Danno se sentaba en su improvisado lecho, frotándose los ojos torpemente.

—Podías haber ocupado el dormitorio de huéspedes —rezongó el joven.

—Ya pensé en ello, señor; pero decidí que la piel de oso tphariano era mucho más cómoda —sonrió Danno, a la vez que se ponía en pie —, ¿Puedo preguntarte si ocurre algo importante?

—Sí —dijo el joven—. Nos marchamos inmediatamente de Sybboro. Es decir, si quieres venir conmigo.

—Estoy dispuesto a ir contigo a cualquier parte de la Galaxia, señor.

—Gracias, Darro. Prepara algo de desayunar; tengo que hacer una llamada muy importante. Ah, ¿sabes cómo se utiliza un traje de vacío?

—Por supuesto, señor —contestó el brighoshiano orgullosamente —, Es más, tengo el mío propio en la casa donde me alojaba con los otros. Me lo hicieron a la medida, porque no se encuentran trajes de mi talla en las tiendas.

—Está bien, cuando nos marchemos pasaremos por tu casa para recoger el traje. Anda, haz algo de café.

—Sí, señor.

Kerr se encaminó al videófono y marcó una cifra. Tuvo que aguardar casi dos minutos antes de que se iluminara la pantalla y apareciera en ella el soñoliento rostro de Furt Donley.

—Maldición eterna para ti y tus descendientes por haberme despertado a estas horas de la mañana —dijo coléricamente el viejo minero—. Taryl, cuando eras pequeñito, ¿no te enseñaron que debías guardar el respeto apropiado a las personas de mayor edad que la

tuya?

Kerr se echó a reír.

—También me enseñaron que, en cuestiones de negocios, no se puede perder el tiempo. Y hablando de otras cosas, tú estás retirado, aunque en parte es porque no tienes mucha clientela que digamos. Además, disfrutas... digo, «padeces» una pensión muy pequeña. ¿Qué te parecería un millón contante, como precio de tus inapreciables servicios?

—No hablarás en serio, Taryl —respingó Donley.

—Antes de salir de Sybboro tendrás un millón depositado en el banco que prefieras. Algunos pagan hasta un veinte por ciento de interés, de modo que podrás tener unos ingresos anuales de...

—¡Basta, no sigas; sé calcular! ¿Cuándo partimos?

—Sabía que aceptarías, viejo zorro. ¿Conservas todavía tu equipo?

—Al contrario de muchos colegas cuando se retiran, no he vendido siquiera un destornillador usado. Todo lo conservo intacto —contestó Donley orgullosamente.

—Magnífico. Furt, pasaré a recogerte dentro de una hora, aproximadamente.

—De acuerdo, Taryl.

—Furt, observo que no me has preguntado siquiera adónde nos dirigimos —manifestó el joven.

Donley le guiñó el ojo.

—Ya soy viejo, pero aún no chocheo —contestó—. Vamos en busca de un trozo de mineral que vale, nada menos, que cuatro trillones de «garants».

Kerr no quiso desilusionar a su amigo. Si viajaban a Bettin no era sólo por el valor del asteroide.

Había allí una persona que corría grave riesgo de perder la vida y Kerr quería salvar a Frynna de algo muy parecido a una catástrofe.

* * *

El asteroide apareció a la vista de los tres pasajeros de la nave

brillando ligeramente en el negro espacio, aparentemente inmóvil, aunque se desplazaba a vanos cientos de kilómetros por segundo. En algún punto de la superficie de aquel minúsculo cuerpo sideral estaba una mujer, obsesionada por la idea de una venganza que, en opinión de Kerr, había dejado ya de tener sentido.

— Es hora de que empieces a decelerar y establezcas la órbita de aproximación —aconsejó Donley.

—Si, pero lo hará la computadora —respondió Kerr.

Sentándose ante los mandos de la nave, tecleó durante unos minutos en la máquina. Minúsculos ordenadores empezaron a funcionar de inmediato.

La pérdida de velocidad se hizo patente muy pronto. Los correctores artificiales de gravedad evitaban que los tripulantes tuvieran que sujetarse a los asientos.

Donley permanecía atento a los detectores, mientras la nave, a velocidad mínima, orbitaba en torno al asteroide, a una distancia de varias decenas de kilómetros. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Ya la tengo! ¡Ahí está!

—Conecta el visor telescópico —indicó Kerr.

—Estamos rebasando su campamento —respondió el minero—. En la próxima órbita habremos perdido la mitad de altura y casi toda la velocidad. De todos modos, no podremos aterrizar hasta haber cubierto dos órbitas completas.

—Está bien.

El tiempo orbital era relativamente corto, y poco después! pudieron contemplar en la pantalla el campamento de Frynna. Donley continuaba observando los sistemas de detección y volvió a emitir otra exclamación:

—¡Está sola! Lo detectores orgánicos señalan la presencia de una sola persona.

—Debe de estar loca —gruñó el joven—. Bien, a la próxima órbita pondremos el pie en ese maldito asteroide.

La nave continuó perdiendo altura y velocidad. Media hora más tarde, inició un descenso en vertical que la llevó a posarse a menos de cien metros del campamento que Frynna había establecido en el

asteroide.

La nave había sido gobernada por los mecanismos automáticos, lo que aprovecharon sus ocupantes para equiparse con los trajes de vacío. Danno, sin embargo, permaneció a bordo.

—Por ahora no te necesitamos en tierra —dijo Kerr, en el momento de accionar el mando de apertura de la compuerta.

Momentos después saltaban fuera de la nave. Apenas habían puesto el pie en el suelo, vieron brillar un relámpago a pocos pasos de distancia, a la vez que esquirlas de roca saltaban en todas direcciones.

El suelo, a través del calzado del traje espacial, les trajo las vibraciones de la explosión. Un segundo después, la voz de Frynna sonó en los receptores de sus cascos:

—¡No sigan adelante! —ordenó la joven perentoriamente—. Tengo un fusil que dispara balas explosivas. La dos próximas irán directamente a sus cuerpos, así que embarquen de nuevo y lárguense. El asteroide es mío, ustedes están en propiedad privada y tengo derecho a defenderme a toda costa.

—Ya sabemos que le pertenece el asteroide —contestó Kerr—, Precisamente fui yo el que se lo vendió, Frynna.

—¡Kerr! —exclamó ella, asombrada.

—Baje ese chisme —pidió el joven—. Queremos hablar con usted. Es muy importante.

—Está bien. Les concedo quince minutos, no más. Y no pienso soltar el fusil. ¿Entendido?

Kerr cambió una mirada con su acompañante.

—La chica es terca —observó.

—Como una mula —sonrió Donley.

Los dos hombres avanzaron despacio, procurando no tomar demasiado impulso al dar cada paso. Pese al núcleo excepcionalmente denso del asteroide, su relativamente escaso volumen le confería una gravedad muy baja. Para salir disparado al espacio bastaría dar un salto, como si se quisiera salvar un obstáculo no más alto de un par de metros.

Kerr y su acompañante se detuvieron a muy poca distancia de la

joven, quien seguía encañonándoles con el rifle. Frynna también usaba traje espacial, por lo que sus facciones resultaban apenas visibles debido al cristal protector del casco.

—Hable, Taryl —indicó.

—Voy a ser muy breve —respondió Kerr—. Frynna, abandone el asteroide cuanto antes. Corre un gravísimo peligro y no queremos que le suceda nada.

* * *

Después de las palabras de Kerr, hubo un breve período de silencio, que fue roto a los pocos segundos por una estridente carcajada de la joven.

—¡Abandonar Bettin! —exclamó—. ¿Me ha tomado por tonta, Taryl? ¿Qué cuento de miedo me va a contar ahora para convencerme de esa idea que no es sino un puro disparate?

En aquel instante se percibió una ligera trepidación. Kerr volvió la cabeza instintivamente. A unos cien metros de distancia vio emerger algo del suelo.

Frynna lo vio también y exhaló un grito de alegría:

—¡Ya está ahí! ¡Mi primera muestra!

Y echó a correr hacia el singular artefacto que acababa de emerger del suelo, olvidándose por completo de los dos recién llegados.

Kerr y Donley, estupefactos, tardaron en reaccionar un instante, pero muy pronto corrieron detrás de Frynna. De súbito, ocurrió algo inesperado.

En su frenética carrera, Frynna no quiso dar un rodeo para eludir una enorme roca que le cerraba el paso y saltó por encima. Pero el impulso resultó excesivo y, en lugar de descender, continuó un lento ascenso hacia el vacío sideral.

Un chillido de pánico brotó de su garganta inmediatamente:

—¡Voy a perderme en el espacio! ¡Ayúdenme! —Maldita sea —dijo Donley exasperado—, Y no hemos traído siquiera propulsores individuales.

—Hay un medio infalible para volver al asteroide —sonrió Kerr

—. Frynna, ¿puede oírme?

—Sí, pero hagan algo, pronto —rogó ella, con el pánico claramente reflejado en su voz—. Puedo morir de asfixia, cuando se me acabe el aire de los depósitos.

La nave podía ser su salvación, pero era un enorme aparato, que tardaría demasiado tiempo en ponerse en marcha. Todos lo sabían, incluso Frynna, quien se sentía llena de miedo al darse cuenta de la gravedad de su situación.

Pero la joven había conservado el arma y la sujetaba aún en sus manos, trémulas e inseguras.

— Frynna —dijo Kerr—, ponga el fusil con el cañón hacia arriba, completamente vertical. Dispare un tiro; el retroceso del arma hará el resto.

Ella comprendió de inmediato e hizo lo que le decía el joven. El breve momento de reacción del arma, al ser disparada, obró a modo de cohete de retroceso y de nuevo volvió a descender al suelo.

Kerr la agarró por la cintura, cuando sus pies estaban aún a medio metro del asteroide.

—No se puede decir que sea una veterana del espacio,

aunque haya sido capaz de establecer aquí un campamento

muy bien montado —dijo—. Podrá echarnos de aquí, pero piense qué habría sido de usted si no hubiéramos estado presentes.

—Entonces no habría tenido necesidad de... —Bajo el casco, Frynna se mordió los labios—. Está bien, tengo que darles las gracias. Pero ustedes deben explicarme los motivos que les han traído hasta Bettin. Luego decidiré si se marchan o les permito que se queden.

—Antes dijo que ya tenia la primera muestra —recordó Kerr—. ¿Cómo puede saberlo?

Frynna sonrió de un modo especial. —Vengan conmigo y se lo explicaré —contestó. —De acuerdo. A propósito, mi acompañante es Furt Donley, un veterano minero del espacio que se las sabe todas. —Excepto lo que significa ese chisme que ha salido hace poco a la superficie —dijo el aludido.

—Es una perforadora-extractora automática —contestó Frynna con orgullo—. Lo hace todo y puede alcanzar profundidades de hasta



veinticinco kilómetros en el subsuelo.

CAPITULO VI

—Me siento pasmado —confesó Donley, mientras daba vueltas a la máquina, que tenía unos seis metros de altura por casi nueve de anchura y era de forma cilíndrica—. Jamás había visto nada semejante, señora. ¿Dónde diablos lo compró?

—Hice que lo construyeran para mí —explicó ella, rebosante de satisfacción—. Tiene una pila nuclear, de muy pequeñas dimensiones, que le garantiza el funcionamiento ininterrumpido durante cinco años. El trépano, repito, puede alcanzar profundidades de veinticinco kilómetros, no importa la naturaleza del subsuelo que deba perforar.

»E1 grosor del trépano puede graduarse si es necesario, merced a las señales de radio que envía el ordenador de la perforadora y que son recibidas y traducidas por el ordenador de la superficie. En tal caso, el operador puede agrandar el diámetro, o reducirlo y también aumentar o disminuir la velocidad de giro.

»Una vez alcanzada la profundidad necesaria, el trépano se retrae y deja paso a otros sistemas de perforación, pulverización y recogida de muestras, que pasan a lo que podríamos llamar la sección de carga y empaquetado. En cada viaje —prosiguió Frynna—, puede cargar hasta cien kilos de mineral, y ascender con él hasta la superficie. ¿No les parece una máquina maravillosa?

—Si estuviéramos en una atmósfera normal, me descubriría —dijo el viejo minero—. Esto sobrepasa a cuanto yo conocía hasta ahora, y conste que conozco todos los métodos y maquinas posibles de extracción de minerales.

— Bien, pero, ¿dónde está la primera muestra? —preguntó Kerr.

—Ahora la verán —contestó Frynna.

Acercándose a la máquina, presionó una tecla situada en uno de los costados. Una luz se encendió casi en el acto y luego se abrió un hueco y algo fue lanzado al exterior, quedando suspendido en el vacío, a un metro escaso del suelo.

Frynna cogió lo que parecía un saquete de tela vulgar y corriente y lo enseñó en alto, con una sonrisa de exultante satisfacción en sus labios.

—Aquí lo tenemos —dijo—. Aunque en estos momentos no me pesa prácticamente nada, aquí, en este saquete, tenemos cinco kilos de oro puro.

* * *

La joven se había instalado en un barracón estanco, provisto de todo lo necesario para no pasar incomodidades. Kerr comprendió que Frynna había estado preparando sus planes durante mucho tiempo, de tal modo que, luego, la ejecución de los mismos se había llevado a cabo en un tiempo realmente increíblemente corto.

Dentro del barracón podían quitarse los cascos y así lo hicieron. Frynna, sin embargo, se despojó del traje espacial cosa que no permitió a sus huéspedes.

—Se van a marchar muy pronto —dijo, mientras se atusaba maquinalmente los cabellos. Al hacerlo, se marcaron la curvas del pecho, cubierto, como el resto del cuerpo, por ui traje de una sola pieza, de color gris muy claro.

—Yo hablaré primero con usted y luego decidirá —manifestó el joven—, Pero hay algo que debe saber…

—Espere un momento —pidió ella.

En uno de los lados del cobertizo había un cuadro de mandos. Frynna se acercó y bajó una palanca.

—Ahora disponemos de un tercio de gravedad —explicó—. De otro modo, la vida resultada insoportable. Y ahora, vean, por favor.

El saquete estaba encima de una mesa. Tenía un precinto especial y Frynna lo soltó con una llave que servía precisamente para tal fin. Luego, volcando el saquete, derramó sobre un plato parte de su contenido.

—El oro tiene que salir en polvo, no hay otro remedio —dijo la joven—. Podría instalar una máquina en la perforadora, pero resultaría demasiado complicado, aparte del excesivo gasto de energía.

—¿Qué clase de máquina? —preguntó Donley.

—Podríamos llamarla… constructora de ladrillos. Sí, algo parecido, porque comprime el oro en polvo y le da consistencia sólida, prácticamente idéntica a la que tiene en estado natural. A pesar de todo, conviene llevarlo luego a una fundición.

—Y con ese oro quiere usted sufragar su venganza personal —dijo Kerr.

Ella le miró desafiante.

—¿Piensa que he desistido, sólo porque haya pasado ya casi año y medio desde su muerte? —preguntó Frynna, desafiante.

—No, no ha desistido; resulta harto evidente. Pero hay otros que también ambicionan este asteroide y no precisamente para una venganza.

—Bettin es mío —proclamó ella enérgicamente—. No dejaré que nadie me lo quite.

—La ley la apoya a usted, pero no tiene la fuerza suficiente para defender su propiedad.

—¿Quién va a venir a atacarme, Taryl?

Kerr dudó un momento. Luego se volvió hacia su acompañante.

—Furt, ¿quieres salir fuera unos minutos? Tengo que hablar con esta obstinada mujer y, aunque presiento que no lograré convencerla, al menos ella se sentirá más inclinada a creerme cuando vea que hablamos sin testigos.

—Está bien, Taryl —accedió el minero—. Yo vigilaré mientras tanto.

—¿Vigilar? ¿Qué es lo que temen? —se extrañó Frynna.

—Las precauciones no están nunca de más, señorita —dijo Donley sonriendo, a la vez que empezaba a ponerse el casco de su traje espacial.

Unos minutos después, Kerr y Frynna quedaban a solas.

Ella miró al joven y sonrió.

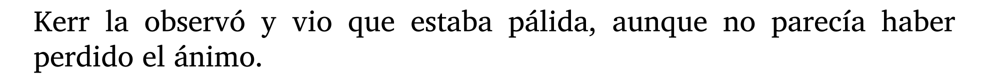
—¿Quiere tomar algo, vendedor? —invitó.

Kerr extendió una mano.

—Siéntese y escúcheme —dijo con grave acento—. Después si tiene todavía humor, dedicaremos cinco minutos a los formulismos sociales. Venga o no con nosotros, no pensamos permanecer un tiempo superior en Bettin.

* * *

Cuando terminó, Frynna permaneció silenciosa unos momentos.


Kerr la observó y vio que estaba pálida, aunque no parecía haber perdido el ánimo.

—No puedo creerlo del todo —dijo al fin.

—¿Qué le resulta difícil de creer? —inquirió él.

—Algunas cosas. Por ejemplo, ¿qué pretenden Hjitamir y sus secuaces?

—Aún no está lo suficientemente claro, pero es obvio que necesitan el oro para sufragar los gastos de... de lo que sea. Y debe de ser algo muy gordo, porque no pueden echar mano del erario público. Hombre, algo sí tomarán de los fondos públicos, pero sólo para la inversión inicial. Luego... lo que sea, y tiene que ser algo de enorme envergadura, insisto, será costeado con el oro que obtengan de este asteroide.

—Usted asegura que van a venir a echarme de él —dijo Frynna.

—Las probabilidades están en su contra en un noventa ... cinco por ciento. Necesitan el oro, quisieron tenerlo por un puñado de monedas y no lo consiguieron. Emplean asesinos profesionales, y yo tengo pruebas de que es cierto, pruebas en mi propia persona y en la de la amiga que mencioné antes. Si es así, ¿qué les importa una vida más, Frynna?

La joven se mordió los labios.

—Abandonar esto ahora... —se lamentó.

—El asteroide no se moverá de su órbita en millones de años. Usted puede perder la vida y esto es lo más importante de todo.

—Pero es que yo necesitaba... La máquina, a lo sumo, puede hacer un viaje cada doce horas. Pensaba estar aquí un mes, lo que significan sesenta viajes o, lo que es lo mismo, seis toneladas de oro.

—Al precio que está el oro, esas seis toneladas no representan tanto como parece —comentó el joven—. Algo más de un millón de garants...

—Debo confesarle algo —dijo Frynna, sonrojándose ligeramente —. Invertí toda mi fortuna en la compra de Bettin y la maquinaria, sin contar con la astronave de transporte que me trajo todo hasta aquí y que regresará dentro de un mes. Prácticamente tengo los bolsillos vueltos del revés y con ese dinero podría hacer muchas más cosas de las que usted se imagina. Luego volvería aquí, extraería otras cuantas

toneladas de oro...

Kerr se puso una mano en la frente y movió la cabeza con aire apesadumbrado.

—No sé qué decir, ni cómo calificar su actitud. Demente, insensata, obsesa... Pero todos esos calificativos pueden resumirse en uno solo: imprudente.

Frynna golpeó la mesa fuertemente con la palma de su mano.

—¡Quiero vengar a mi prometido! —gritó—. Lo juré el día que lo asesinaron delante de mis ojos y no pararé hasta conseguirlo.

—Total y absurdamente imprudente —recalcó Kerr sin piedad.

—Pero, ¿por qué? Hasta ahora no ha sucedido nada; vine aquí con toda normalidad.

—Transportada, con el equipo y provisiones, por una nave de alquiler.

—Sí, y me costó bastante caro, pero el capitán se portó maravillosamente.

—En el viaje de ida. Pero, ¿será tan cortés en el de vuelta?

—Fijamos un plazo para que venga a recogerme.

—Dejemos a un lado el peligro más inmediato. Hagamos como si no existiera. Ese capitán acordó con usted, mediante un precio, venir a buscarla en una fecha determinada.

—En efecto, así se acordó.

—Pero usted no puede tener la seguridad de que vuelva.

—Volverá, Taryl; no sea usted tan receloso —se enojó la joven.

—Mire, ningún capitán de astronave es tonto y yo conozco a muchos que, además, son verdaderos granujas. Ese capitán ha traído aquí, a este desolado asteroide, a una mujer hermosa y a un montón de toneladas de equipo muy especial. Aunque usted no le haya dicho nada, él sospechará y se dará cuenta de que en Bettin hay algo muy valioso. Por cierto, ¿tiene radio de emergencia de largo alcance?

—No, el capitán me dijo que no la necesitaría. Además, no quiero comunicarme con nadie para que no se conozca mi presencia aquí.

Kerr elevó los brazos al cielo.

—¡Bondad divina! —clamó—. Frynna, retiro el calificativo de imprudente. Diré mejor que ha sido una ingenua. Mire, yo no conozco a ese capitán, pero apostaría...

—Se llama Urd Bomaz —puntualizó la joven.

—¿Bomaz? ¿Ha dicho Bomaz? Mire, yo me voy a marchar puesto que usted así lo desea, pero dentro de un mes vendré a recogerla. Tengo en mi nave una radio de emergencia y se la dejaré, con el indicativo de un mensaje que me sería entregado inmediatamente de ser recibido.

—Entonces, usted cree que Bomaz no... —dijo Frynna con un hilo de voz.

—Conozco a ese pirata y sé que no volverá a buscarla. Usted no podrá pedir socorro. Se le acabaran las provisiones, el aire... y dentro unos tres meses Bomaz vendrá aquí, lanzará su cadáver al espacio y hará funcionar la perforadora para su propio provecho.

Los ojos de Frynna se llenaron de lágrimas.

—Creo que me merezco todos los calificativos que usted quiera aplicarme —gimoteó.

—Celebro que empiece a reconocerlo. Pero, en su lugar no me preocuparía mucho de Bomaz. Ese viejo buitre no tendrá ocasión de poner en practica su plan de abandono.

—¿Por qué, Taryl?

La radio del casco de Kerr, situado sobre la mesa, sonó de improviso:

—¡Taryl! ¡Debemos largarnos! ¡El radar indica la aproximación de una nave sospechosa!

Kerr se puso en pie de un salto.

—¡Aprisa, Frynna! —gritó—. Póngase el traje de vacío cuanto antes.

—Espere, volveré a meter el oro en el saquete.

—¡Al diablo con el oro! ¡El traje de vacío es mucho más importante! —bramó Kerr, exasperado.

Ella, impresionada por la actitud del joven, obedeció. Kerr se puso el casco de inmediato y luego ayudó a la joven a equiparse.

—No se entretengan —aconsejó Donley por la radio—. Sea quien sea, viene directo hacia aquí y no me parece que sus intenciones sean precisamente amistosas.

Kerr y la joven se dispusieron a abandonar el barracón. En el mismo instante, el viejo minero lanzó un agudísimo chillido:

—¡Me han disparado un torpedo, Taryl!

CAPITULO VII

La nave estaba parada en el suelo y ya no tenia tiempo de efectuar ninguna maniobra. Kerr se precipitó hacia una de las ventanas del barracón y vio la línea roja que descendía raudamente del cielo.

—Frynna, será mejor que se tumbe en el suelo —aconsejó con voz normal.

Pero interiormente estaba lleno de pánico. Si el torpedo tenía una excesiva potencia no sólo la nave, sino todo cuanto se hallaba en las inmediaciones, volarla en mil pedazos, y ello aun contando con la relativa ventaja de que, al no haber atmósfera, no se produciría tampoco la onda explosiva.

En el último instante se tiró al suelo. Desde el desgarrador grito de su viejo amigo hasta el momento del impacto, habían transcurrido apenas cinco segundos. Kerr se preguntó si Donley habría tenido tiempo de saltar fuera de la nave.

La explosión no hizo el ruido clásico que se habría producido en una atmósfera normal. Kerr percibió solamente una fuerte vibración, pero en el mismo instante supo que su nave había sido destruida. O, por lo menos, tan gravemente averiada que ya no podría volver a utilizarla.

Inmediatamente se puso en pie. El corazón le sangró a ver los chorros de vapor blanquecino que se escapaban por distintos orificios abiertos en el casco del aparato.

Arriba, en el cielo, divisó una chispa luminosa que se desplazaba con cierta lentitud hacia la superficie.

—Frynna —llamó.

—Si, Taryl.

—Mi nave está fuera de combate. Creo que alguien baja desde el espacio y no llegará precisamente con intenciones amables.

Frynna se puso en pie.

—Usted tenia razón —dijo, muy pálida bajo el casco espacial—. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Lo primero de todo, reponer el aire consumido en nuestros depósitos individuales. ¿Dónde tiene usted el compresor?

—Venga, se lo enseñaré —respondió la joven.

Había otro barracón contiguo, destinado a guardar pertrechos y provisiones. Kerr se ocupó de llenar nuevamente los depósitos de sus trajes espaciales. Luego preguntó a Frynna si disponía de más armas.

—No; sólo el rifle que usted me vio antes...

—Démelo —pidió él—. Esos tipos bajan a terminar lo que no pudieron completar desde el aire. Además, tienen una nave en uso. Nosotros la necesitamos, ¿comprende?

Frynna asintió.

—Sí, quieren acabar con nosotros —repuso.

—La verdad es que quieren acabar con usted, pero como yo me encuentro aquí, resultaré para ellos un testigo molesto y no me dejarán con vida. Suponiendo que lo consigan, claro.

Kerr examinó el rifle, rellenó de nuevo el depósito de munición y agitó una mano.

—Vamos a la esclusa —dijo—. Usted sígame y haga todo lo que yo le indique. Otra cosa: ellos estarán a la escucha, así que no utilice la radio para nada. La desconectaremos en cuanto salgamos y, si tenemos que decir algo, lo haremos por contacto de los cascos. ¿Entendido?

—Sí, Taryl.

—Bueno, no perdamos más tiempo. Vamos allá.

Instantes después salían del barracón. Kerr dio la vuelta por la parte posterior y se dirigió hacia un amontonamiento de rocas que había visto antes y que les serviría de parapeto, caso de verse obligado a combatir. Frynna le siguió puntualmente, contemplando con ojos llenos de aprensión la imagen de la astronave que descendía lentamente hacia el suelo del asteroide y que era ya claramente perceptible a simple vista.

Kerr sintió una terrible opresión al ver los agujero abiertos en el casco de su nave por la explosión del torpedo. La atmosfera se había escapado instantáneamente. Donley tendría puesto el traje de vacío, pero alguna esquirla de metal se lo habría rasgado y...

En todo caso, si estuviese vivo, ya le habría llamado por la radio y su silencio era un síntoma indudable de su muerte. En cuanto al

brighoshiano, ni siquiera habría tenido tiempo de lanzar un solo grito.

Ahora, él y Frynna estaban solos para luchar contra los ocupantes de la nave que ya se disponía a tomar tierra y de los que, si ignoraban su número, si conocían en cambio sus intenciones.

Llegaban dispuestos a suprimir a todo el que se encontrase con vida en la superficie de Bettin.

En completo silencio, Kerr aprestó el fusil. De pronto notó un codazo de Frynna.

Volvió la cabeza. Ella pegó su casco al suyo.

—Me parece que he visto algo… —dijo en voz baja, pero perfectamente audible a través de las vibraciones del casco.

—¿Dónde? —preguntó él.

—No estoy segura. —Frynna tendió el brazo en cierta dirección —. Hacia allí, pero quizá fue sólo una ilusión óptica.

—Ellos están a punto de desembarcar. Luego, si sobrevivimos, trataremos de averiguar qué ha sido eso —respondió el joven.

La astronave acababa de tocar tierra. Estaba a menos de doscientos metros de ellos. Los hombres que estaban en su interior traían la muerte.

* * *

La escotilla se abrió. Cuatro hombres, uno tras otro, descendieron al suelo sucesivamente. Todos ellos estaban armados con sendos rifles. Uno dio determinadas instrucciones a través de la radio.

—No dejen supervivientes. Eliminen a todo el que se mueva por ahí.

—Más adelante —objetó uno de los recién llegados— pueden encontrar cadáveres…

—No seas estúpido. Cuando todo haya terminado los lanzaremos al espacio. ¡Capitán!

—¿Señor? —contestó alguien desde el interior de la nave.

—Usted tiene mejor perspectiva que nosotros. Si ve algo que se mueva, avísenos por radio inmediatamente.

—Está bien.

El que mandaba el pelotón agitó una mano.

—Vamos, dispérsense. Acaben con todo bicho viviente —ordenó salvajemente.

Kerr y la joven habían escuchado perfectamente la breve conversación y se miraron unos segundos. Kerr hizo ademanes tranquilizadores, pero Frynna, de todos modos, se sentía terriblemente asustada.

Situado en un lugar sombrío, Kerr podía ver perfectamente lo que sucedía en la superficie del asteroide. Dos de los asesinos se fueron hacia el lado opuesto. Un tercero se acercó a la perforadora y se puso a examinarla. El cuarto caminó directamente hacia el lugar donde se hallaban escondidos los dos jóvenes.

Kerr indicó a Frynna que se agazapara al pie de las rocas. Luego, él se volvió de espaldas, con el rifle a punto.

El suelo transmitió tenues vibraciones de pisadas humanas. Un hombre dio la vuelta a las rocas y, de súbito, se encontró inesperadamente con dos personas.

El fusil de Kerr emitió un seco chasquido. El disparo había sido hecho demasiado próximo al blanco y el proyectil atravesó limpiamente un cuerpo humano, sin tiempo para que se produjera la deflagración de su carga explosiva, cosa que sucedió a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

El asesino no tuvo tiempo de gritar. La bala le había atravesado el corazón limpiamente y quedó en pie, con los brazos fláccidos y la cabeza inclinada ligeramente hacia adelante. El aire contenido en su traje se escapó instantáneamente, junto con algunos glóbulos de siniestro color rojo.

Kerr se apoderó inmediatamente de su fusil, que entregó a la muchacha. Luego se volvió hacia el parapeto.

El jefe de la banda había dado la vuelta completa a la máquina y ahora parecía buscarles a ellos. De pronto, sonó la voz del capitán de la nave:

—Señor, he visto a uno de sus hombres desaparecer tras aquellas rocas, y luego me pareció haber visto una explosión a unos cincuenta metros.

El capitán se calló de pronto.

—¿Que diablos sucede? —preguntó el jefe coléricamente.

—No, nada, señor... Fue una ilusión... No... no he visto nada... Discúlpeme...

—Está bien; de todos modos, iré a ver lo que pasa.

Kerr se sintió muy extrañado al apreciar una cierta inseguridad en la voz del capitán de la nave. Pero el jefe venia hacia allí y se dispuso a hacerle la recepción apropiada

Pegó su casco al de la muchacha.

—Sí puedo, procuraré capturarle —dijo.

—No corra riesgos —aconsejó ella.

Kerr sonrió. Luego se dispuso a esperar la llegada del sujeto.

Transcurrió un minuto. De pronto sonó una voz con tonos de alarma:

—¡Jefe, estoy viendo a Ruckher! ¡Algo le ha pasado! Está en pie, un poco inclinado, con los brazos separados del cuerpo. ¡No tiene el fusil!

Kerr maldijo entre dientes. Uno de los recién llegados, sin duda, había visto al muerto, quien permanecía aún en pie, al dar un rodeo para buscarles. Ya no podía ocultar lo que estaba a la vista.

El jefe disparó varias descargas contra las rocas. Kerr percibió claramente las explosiones, que se producían al otro lado del parapeto. Cuando percibió el alto el fuego, dio media vuelta, se asomó y envió tres o cuatro proyectiles hacia el lugar donde estaba el atacante.

Los proyectiles estallaron en el suelo, a su alrededor pero peligrosamente cerca. Mientras disparaba el fusil, Kerr 'vio a otro de los asesinos que corría hacia él.

Súbitamente, el jefe dio media vuelta y se precipitó ciegamente hacia la nave. Kerr no se fijó demasiado en ello, centraba su atención en el sujeto que se acercaba. Cuando lo tuvo en la mira, apretó el gatillo.

El proyectil chocó contra el casco y explotó fragorosamente. Un cuerpo sin cabeza fue lanzado hacia atrás con indescriptible violencia.

Kerr volvió la mirada hacia el jefe y apretó una delgada línea blanquecina que se desprendía de su traje de vacío, a la altura del costado derecho. Entonces comprendió lo que le ocurría.

Una esquirla de metal o de roca había perforado su traje. El orificio sin embargo, no era demasiado grande, y además podía contener con la mano la pérdida de aire, en buena parte. Si lograba entrar en la nave y situarse en una cámara con presión normal, estaba salvado.

De súbito, Frynna le tocó en el hombro con una mano. Kerr volvió la vista en aquella dirección.

A cincuenta pasos un hombre le apuntaba con el rifle. Kerr se agachó velozmente.

El proyectil pasó silbando por encima de sus cabezas. Kerr se asomó, disparó y falló el tiro, pero era porque el sujeto se había movido y estaba a un par de metros del suelo.

Durante un segundo, parpadeó, incrédulo. ¿Qué hacía el tipo separado de la tierra?

El hombre le vio y volvió a disparar, pero ello acabó de consumar el desastre. El culatazo del arma, disparada ligeramente inclinada hacia abajo, le hizo ganar dos o tres metros más de altura.

Kerr le apuntó con el rifle, pero no quiso disparar. —Está listo —dijo, con el casco pegado al de la joven. El asesino ascendía lentamente hacia las alturas. En aquel instante, ocurrió algo sorprendente.

El jefe llegaba ya a la escotilla de acceso a la astronave. Súbitamente, un hombre apareció en el umbral. Su pie derecho se disparó con terrible potencia.

Alcanzado de lleno en el pecho, el jefe salió disparado a gran distancia, siguiendo una trayectoria oblicua ascendente. Un horrible grito se escapó de su garganta al comprender la suerte que le aguardaba.

Su compinche continuaba subiendo también, lenta e inexorablemente, hacia el espacio exterior, donde perecería, a menos que supiera cómo salir de aquella crítica situación. Kerr decidió que podía esperar todavía unos momentos, antes de facilitarle la solución para su problema.

El jefe había perdido su fusil. Ya no tenía salvación posible. Kerr

no lo lamentó en absoluto. Pero, ¿quién diablos era el hombre que había venido en su ayuda inesperadamente?

Decidió romper el silencio de la radio. Entonces, pasmado, oyó una voz harto conocida:

—¡Señor Kerr! ¿Me oye usted? Soy Darro. Estoy llamándole hace mucho rato y usted no contesta... ¿Qué le sucede? Contésteme, señor.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el joven—, ¿De dónde diablos sales?

—Estaba fuera de la nave cuando estalló el torpedo. Sentía curiosidad por ver lo que había en el asteroide... Creo que el señor Donley ha muerto, ¿no es así, señor?

—Sí, Darro —contestó Kerr—, ¿Dónde está el capitán de la nave?

—No se preocupe por él —rió el brighoshiano—. La nave es suya, señor.

—Gracias, Darro. Luego seguiremos hablando. Ahora...

Kerr volvió la mirada hacia las alturas. El único superviviente estaba ya a unos doscientos metros de altura sobre el asteroide y se desgañitaba gritando en petición de ayuda.

—Puedo salvarte —dijo el joven, a través de la radio—. Pero antes quiero que me digas el nombre del tipo que os mandaba.

—Oris Homm... —sollozó el sujeto—. Por favor, sálveme; le contaré todo lo que sé.

—Todavía conservas tu rifle, supongo.

—Sí, sí, pero lo tiraré ahora mismo...

—¡No hagas eso, estúpido! —rugió Kerr—, ¿Lo has soltado?

—Todavía no, señor. Pero no quiero disparar contra usted.

—Seria peor, aunque no me alcanzase. Ponlo vertical, con el cañón hacia arriba, y dispara varios tiros, con intervalos de cinco segundos. De este modo, podrás descender al asteroide. ¿Has comprendido?

—Sí, sí, señor.

—Anda, baja, tenemos mucho que hablar. Después ya decidiré

qué se ha de hacer contigo y con el capitán de esa nave.

Kerr se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Por ahora, estamos a salvo —dijo.

—¿Definitivamente, Taryl?

—Pasará mucho tiempo antes de que podamos decir eso —respondió él—, Pero ese momento llegará, no te quepa la menor duda.

CAPITULO VIII


Kerr entró en la cámara donde reposaba la joven y se sentó frente a ella, con la sonrisa en los labios.

—Ya sabemos algo más —dijo.

—¿Sí?

—El hombre que contrató a los asesinos era Oris Homm, el mismo que asesinó a Dessa. La muerte de esa buena amiga ha sido vengada ya.

—Vino a matarme a mí.

— Exacto. Ya lo escuchaste por la radio: todo cadáver que se encontrase en la superficie de Bettin, sería lanzado luego al espacio, a fin de hacer desaparecer pruebas comprometedoras.

—Y se hubieran quedado con el asteroide.

—Simplemente, se habrían callado la noticia. No tenían por qué divulgarla y a nadie le habría importado que Bettin hubiese cambiado de propietario.

—El nuevo propietario, supongo, habría sido Jano Shudd.

—O el que está por encima de él, Frynna.

—¿El ministro?

—Exactamente.

Frynna bajó la mirada.

—Mi prometido era uno de sus más eficaces colaboradores —murmuró—. ¿Cómo pudo acusarle de un delito que no había cometido? ¿Por qué tuvo que deshacerse de uno de sus mas leales servidores?

—A Lukkiff le gustaba la política, ¿verdad?

—Si, debo admitirlo, Tenia ambiciones pero era honesto. Se hablaba de que él seria el ministro, cuando el actual dimitiese o se retirase de la política...

Kerr tenía ciertas opiniones sobre el difunto prometido de la joven, pero se abstuvo de expresarlas en voz alta. No tenía ganas de entablar una discusión con una mujer que seguía aún ciegamente enamorada de un hombre que había muerto un año y medio antes.

—En el fondo de todo este asunto está tu asteroide —dijo lentamente.

—¿Tú crees?

—Bettin significa cantidades incalculables de dinero. Hay una conspiración en marcha y alguien necesita sufragar los enormes gastos que supone un plan que desconozco todavía. Sólo podrá conseguirlo cuando pueda explotar la inmensa riqueza que hay en Bettin.

—Suponiendo que yo se lo permita, Taryl —dijo ella vivamente.

—Por ahora, has ganado el primer asalto. Espero que ganes la guerra.

—Si me ayudas tú... Podría...

Frynna titubeó un poco y luego, ligeramente ruborizada, añadió:

—Estoy dispuesta a concederte un quince por ciento de los beneficios totales de Bettin.

—Un quince por ciento, ¿eh? ¿Sabes cuánto significa eso, Frynna?

—Mucho dinero, desde luego, Taryl.

—Sí, pero, ¿no se te ha ocurrido calcular cuánto vale el oro que hay en el asteroide?

—Pues... la verdad es que no... Es decir, sé que hay unos dos kilómetros cúbicos de metal prácticamente en estado de total pureza.

—En cifras redondas, porque citarlo de un modo exacto es imposible, el oro que hay en Bettin vale cuatro trillones. El quince por ciento serían casi seiscientos mil millones de garants. ¿Para qué diablos quiero yo tanto dinero?

—Bueno, el dinero nunca estorba.

—Cuando es demasiado abruma con su peso y entonces se sufre, en lugar de sentirse satisfecho. Gracias por la oferta, pero me conformaré con cubrir gastos y una pequeña suma para algunos caprichos. El resto, puedes quedártelo.

—Eres muy generoso, Taryl —ironizó ella.

—Soy sensato, que no es lo mismo. Y ahora, hablemos de

nuestro regreso.

—¡Yo voy a quedarme aquí! —protestó la joven —Tú vendrás conmigo, aunque tenga que llevarte atada de pies y manos. Cuando hayamos descubierto el fondo de la trama, quedarás en libertad para volver a Bettin y sacar todo el oro que quieras.

—Pero, ¿por qué? ¿A qué se debe semejante insistencia? —quiso saber Frynna, intrigada por la actitud del joven.

Danno entró con una bandeja en las manos.

—Creo que un poco de café les sentará bien —sonrió el gigantesco individuo—. ¿He interrumpido una conversación interesante?

—Oh, no, Danno —contestó el joven—. Gracias a ti, disponemos de una nave que nos va a llevar de vuelta a casita.

—Es una noticia confortadora, señor.

—Lo celebro. ¿Qué hay de nuestros prisioneros?

—Están seguros. No se preocupe por ellos. A propósito, la nave no era del capitán que la mandaba. Era sólo contratado. El aparato pertenece a un tal Shudd. No sé quién diablos es...

Kerr sonrió.

—Yo si lo sé —dijo, mientras acercaba la taza a los labios—, Darro, tu ayuda ha sido inestimable y nunca te lo agradeceremos lo suficiente. Aunque —miró de reojo a la joven— ella sí puede expresar su gratitud de forma eminentemente práctica.

—Le daré unas cuantas toneladas de oro. Todo el que quiera —sonrió Frynna.

—Eso me convertirá en un hombre rico y podré volver a Brighosh y darme buena vida —rió Danno—. ¿Algo más, señor?

—No, gracias, Darro, excepto que te prepares, porque vamos a zarpar inmediatamente —contestó Kerr a la vez que se ponía en pie.

—Antes tenemos un problema que resolver —alegó Frynna—. Los prisioneros, Taryl. ¿Qué hacemos con ellos?

—Es bien sencillo. Los dejaremos en el TR-04-701 y allí pasarán una temporada incomunicados y sin posibilidad de informar de lo ocurrido. Por supuesto, cuando Shudd vea que pasa el tiempo y no recibe noticias, empezará a alarmarse, pero nosotros habremos ganado

el suficiente para actuar con las ventajas de nuestra parte.

—¿Y después? —preguntó ella.

—Volveremos a Sybboro, pero no directamente a la capital sino a Sybrelia, un arrabal precioso, donde yo tengo una casita de recreo y en la que nadie podrá encontrarnos con facilidad —dijo Kerr con acento que no admitía lugar a replicas.

* * *

—Voy a salir —anunció Kerr—. Tú te quedarás aquí. Darro cuidará de tu seguridad.

Frynna hizo un gesto de enojo.

—Te marchas, ¿y qué haré yo aquí? ¿Aburrirme?

Kerr sonrió.

—Tienes una piscina, para que te bañes cuando tengas calor. Hay libros, cartuchos de vídeo... y, en cierta ocasión, una amiga se dejó olvidados unos ovillos de lana y unas agujas.

—Ah, quieres que me ponga a tejer...

—Era sólo una sugerencia —contestó él.

Caminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia la joven.

—Frynna.

—Dime, Taryl.

—Siento lo que ocurre —dijo Kerr—. Algún día, quizá, abrirás los ojos.

—Los tengo muy abiertos, Taryl.

—No, en absoluto. Todavía estás cegada, pero de la peor forma que puede suceder te empeñas en no ver la realidad, aunque la tienes delante de ti misma.

—Está bien —dijo ella, impaciente—. Supongamos que abro los ojos. ¿Qué sucederá entonces?

—Comprenderás que has vivido un sueño absurdo y volverás a ser una joven normal. Y entonces serás mi mujer.

Frynna abrió la boca, estupefacta por lo que acababa de escuchar.

Kerr salió sin darle tiempo a pronunciar una sola palabra.

* * *

Artha Nul recibió al joven dos horas más tarde, con una chispa de júbilo en los ojos y una vehemente demostración del afecto que sentía hacia él.

—Cada vez que me acuerdo de aquella noche… —suspiró—. Has venido a quedarte, supongo, Taryl.

—Pues… esta noche, no, me será imposible —contestó él simulando hallarse muy contrariado—. Tengo algunas cosa que hacer y no puedo dejarlo para otro día. Pero te prometí venir en cuanto esté libre y pasar contigo todo el tiempo que quieras: una. dos o diez noches, lo que tú mandes, hermosa.

Kerr mentía, pero sabía también que era la única forma de conseguir algo de su bella interlocutora. Artha ocultó valerosamente la decepción que le producía la respuesta de su visitante, bajo una sonrisa de circunstancias.

—Muy bien, me resignaré —dijo—. ¿Qué quieres ahora de mi?

—Tú sabes cómo está la situación en este asunto que tanto nos preocupa.

—No del todo. Ignoro muchos detalles, pero es que gente se ha vuelto muda en los últimos tiempos. No sé que pasa, pero todo el mundo tiene la boca cerrada, como si se la hubieran cosido. Me resulta incomprensible, te lo aseguro Taryl.

—Eso sólo puede significar una cosa: el asunto está a punto de ser puesto en marcha, Artha.

—¿Tú crees?

—El que sabe algo, calla, y el que sospecha, no se atreve a hacer preguntas y, por tanto, no puede hablar. Pero yo creo que sé quién podría darme información.

—¿Lo conozco yo?

—Creo que sí. Mencionaste su nombre la última vez, aunque fue sólo como una especie de referencia. Se llama Sthoff Lanz.

Artha asintió.

—Un buen cliente de la casa —sonrió.

—A pesar de su cargo.

Ella hizo una mueca.

—Los que más moralizan en público, son luego los más depravados en privado —contestó despectivamente.

—Necesito verle. ¿Sabes dónde vive?

—El no lo ha dicho nunca, aunque aquí las cosas tarde o temprano se saben, Taryl. Lanz aparenta modestia en todo momento, pero su residencia es de un lujo como no te puedes imaginar.

—Está bien. Dame la dirección, por favor.

* * *

El hombre era alto, delgado, casi esquelético, y en sus ojos negros brillaba una expresión de sagacidad y ambición sin límites, a pesar de la expresión de modestia que adoptaba en todo momento, cuando se hallaba en público. Sthoff llegó a su lujosa residencia y se dirigió de inmediato a un enorme cuarto de baño, en el que había una bañera que más parecía una piscina con capacidad para una veintena de personas.

Lanz se despojó de sus ropas y entró en el agua. Había algunos cojines flotantes y puso la cabeza en uno de ellos, para relajarse durante unos minutos en la agradable tibieza del agua.

—De pronto, se dio cuenta de que no estaba solo. Un hombre apareció como un fantasma en el borde de la bañera. Lanz vio que el desconocido tenía la mano derecha a la espalda y presintió que ocultaba un arma tras su cuerpo.

Pero Lanz era un hombre consciente de su posición y no se amedrentaba fácilmente.

—Si ha entrado a robar, llévese lo que le apetezca, pero tenga en cuenta una cosa: soy miembro del Máximo Tribunal.

—Segundo miembro, con ambiciones de llegar a presidente muy pronto. O quizá más alto todavía —cortó Kerr fríamente—. También es un asesino, juez.

—¿Ha venido a insultarme? ¿No prefiere robar, señor desconocido?

—Le daré mi nombre. No me ha visto nunca, pero así sabrá que no soy para usted totalmente un desconocido. Me llamo Taryl Kerr, señor.

El rostro de Lanz perdió el color súbitamente.

—Tenía entendido que estaba muerto…

—Yo estaba en Bettin y unos tipos quisieron borrarnos del mundo de los vivos, Lanz. Perdieron la partida.

—Está bien, ¿qué quiere de mi? ¿Dinero? Bueno, tengo algo en el banco.

—Juez, yo no quiero su maldito dinero. No aceptaría de usted un solo centavo, aunque fuese para evitar que me muriese de hambre. No puedo tomar nada de un juez que hace año y medio se convirtió en asesino.

—Lo sabe usted —dijo Lanz, muy preocupado.

—¡Naturalmente! ¿Cree que ese crimen podría mantenerse oculto eternamente? Aunque los testigos sean fieles, la dama que presenció la muerte de Lukkiff me lo ha contado todo.

—Aquel despreciable sujeto merecía morir.

—Posiblemente tenga usted razón, juez. Pero no he venido sólo por eso, sino por algo muchísimo más importante.

—¿De qué se trata, señor Kerr?

—Hjitamir está al frente de una conspiración, cuyo objetivo desconozco. Usted lo sabe y me lo dirá.

—No se moleste; no sé nada. Habladurías, Kerr, créame. Rumores sin fundamento.

—Sí fuesen rumores sin fundamento, usted no se habría Arriesgado a matar a un hombre en presencia de testigos.

De pronto, Kerr enseñó algo que había ocultado hasta entonces.

—Ve esto, juez —añadió—. Es un cable eléctrico. Los hilos, como puede apreciar, están separados, pero tienen los extremos pelados, sin aislante. El otro extremo está conectado a una toma de corriente. Aun en estos tiempos, hay veces en que se necesita recurrir a este anticuado sistema de transporte de energía. Si arrojo el cable al agua, usted se quedará frito instantáneamente.

Lanz se sintió lleno de pánico. El visitante parecía dispuesto a cumplir su amenaza. No tendría tiempo de salir de la tañera, pensó. Kerr arrojaría el cable al agua, apenas adivinase sus intenciones...

—¿Qué..., qué quiere de mi? —preguntó al cabo con voz insegura

—Todo lo que sabe sobre la conspiración —exigió el joven fríamente—. No me oculte nada, no se guarde el más mimo detalle, porque su vida depende... de un hilo, y nunca mejor aplicada la frase —añadió Kerr, a la vez que acercaba el cable al borde de la bañera.

—¡No! ¡Quieto! —aulló Lanz—, Se lo diré todo..., pero... no meta el cable en el agua...

—Suelte la lengua, juez —ordenó Kerr.

Lanz estaba completamente desmoralizado. Habló durante unos minutos y, al terminar, Kerr le hizo unas cuantas preguntas para aclarar determinados detalles que se le antojaban un tanto confusos. Sin embargo, apreció, Lanz había cosas que ignoraba todavía.

«Hjitamir las reserva para sí. Es un sujeto que no confía en nadie, salvo él mismo», pensó.

—Gracias, juez —dijo al cabo, con la sonrisa en los labios—. Ha sido usted muy amable. Pero, aunque se merece tn severo castigo, yo no habría podido matarle, como llegó a creer. El cable no está conectado a ninguna toma de corriente. Es tan inofensivo como una astilla de madera.

En el rostro de Lanz apareció inmediatamente una horrible expresión de furia, mientras Kerr lanzaba el cable al agua, para probar sus palabras. En el mismo instante, se produjo un fuerte siseo.

El agua humeó ligeramente. Lanz emitió un espantoso alarido.

Una fuerza invisible le hizo saltar convulsivamente, de tal modo que todo su cuerpo llegó a estar fuera del agua durante una fracción de segundo. Luego cayó, con un fuerte chapoteo, y se quedó inmóvil, con la piel enrojecida, la boca torcida en una mueca grotesca y los ojos literalmente saltados de sus órbitas.

Kerr se quedó estupefacto, porque había estado jugando con la amenaza de un peligro inexistente, ya que él no había conectado el cable conductor. Y, sin embargo, se había producido la descarga fatal.

En el mismo instante, se oyó una voz de tonos joviales:

—¡Juez Lanz! ¿Está usted en el baño? He visto un cable: desconectado y lo he enchufado a una toma de corriente. Sin duda, usted se descuidó de hacerlo…

Un hombre entró en el enorme cuarto de baño y se detuvo, atónito al ver a alguien que no era la persona a quien acababa de nombrar. Kerr lo reconoció en el acto.

El recién llegado lo reconoció también. Durante un segundo, Jano Shudd permaneció inmóvil, desconcertado, como si se preguntase a sí mismo qué hacía el joven en aquel lugar. Kerr, sin embargo, supo reaccionar el primero y se lanzó con terrible ímpetu en busca de la salida.

Shudd hizo un movimiento ofensivo, como si fuese a sacar un arma, pero ya era tarde. El hombro de Kerr le golpeó en el cuerpo, haciéndole salir disparado hacia atrás. Era un impacto de enorme potencia y Shudd rodó aparatosamente por el suelo, incapaz de resistir el avasallador empuje del joven.

Kerr desapareció antes de que el sujeto pudiera actuar adecuadamente. Al cabo de unos momentos, Shudd se levanto, acudió la cabeza y se acercó a la bañera.

Lanz se había hundido hasta el fondo, a cosa de un metro de la superficie, y parecía mirarle desde el interior del agua. Shudd comprendió en el acto lo que había sucedido.

El juez estaba muerto, no cabía duda. Pero, ¿por qué el cable conductor?

Shudd era hombre inteligente y pronto conoció la solución al aparente enigma. Kerr no había pretendido nunca matar al juez, sino solamente intimidarle para que contestara a sus preguntas

—Luego, sin duda, lanzó el cable al agua, para burlarse de ese idiota, y en ese momento, yo quise tener un gesto obsequioso y se produjo la descarga.

Lanz había hablado, no cabía duda. Pero ¿qué le había dicho a Kerr?

—Todo lo que sabia, sin duda —resumió así Shudd sus amargas reflexiones.

CAPITULO IX

—La conspiración está en marcha, no cabe duda —dijo Kerr aquella misma noche—. Es más, incluso los planes están elaborados con el menor detalle. Lo que me dijo el juez Lanz, llegó a ponerme los pelos de punta.

—¿Tan grave es? —se asustó Frynna, que ya conocía lo sucedido en la residencia del asesino de su novio.

—Más que grave. Puede tener consecuencias irreparables para el futuro de este sector de la Galaxia. Si no hacemos algo pronto, podemos darnos por perdidos…, pero no te creas que seremos nosotros solos. Miles, decenas de miles de millones de personas pueden caer en una horrible esclavitud, si no actuamos a tiempo y con decisión.

—Me estás asustando, Taryl —declaró la joven—. Si la conspiración es tan poderosa, ¿qué podemos hacer dos personas solas contra cientos o millares de enemigos, provistos de todos los medios y con abundancia de dinero?

—Ese es el fallo precisamente —contestó Kerr—, Si Hjitamir hubiese dispuesto de fondos suficientes, el plan ya estaría en su fase de ejecución. Pero no puede hacerlo, porque los que han de ayudarle exigen pruebas concretas de que recibirán su soldada.

—Es decir, si no hay dinero, no hay colaboración.

—Exactamente.

—Bien, pero, ¿de dónde piensa sacar Hjitamir el dinero que precisa?

—¿No eres capaz de imaginártelo?

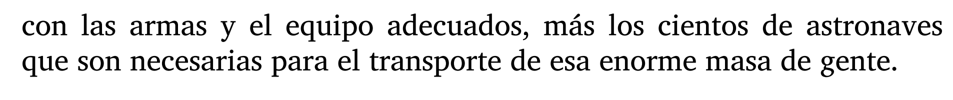
El rostro de Frynna se puso tenso instantáneamente.

—La solución está en Bettin.

—Así es, Frynna.

—Hay algo que no acabo de entender. Necesita mucho dinero para pagar a sus colaboradores, pero ¿es que no se siente capaz de encontrarlos en Sybboro?

—Ya los tiene, pero son insuficientes. Necesita más, muchísimos más, quizá un millón o dos…, pero han de estar bien pagados y perfectamente equipados. Sybboro, como puedes imaginarte fácilmente, no podría sostener un ejército de dos millones de soldados,


con las armas y el equipo adecuados, más los cientos de astronaves que son necesarias para el transporte de esa enorme masa de gente.

—Me siento abrumada —confesó la joven, al pensar en las cifras que Kerr acababa de citar—. Eso parece... un plan de conquista.

—Lo es —confirmó él.

—Y una vez realizada la conquista...

—Hjitamir se proclamará jefe supremo o emperador, o algo por el estilo, y nadie podrá objetar su decisión, porque estará apoyada por la fuerza de dos millones de hombres bien pagados, que le obedecerán ciegamente.

—Taryl, en Sybboro no hay tantos soldados. Si, hay hombres bastantes, pero formar un ejército tan numeroso llevaría una cantidad de tiempo imaginable. Las fabricas de armamentos estarían ya trabajando a tope, todo el mundo habría sido militarizado... y no se nota en el ambiente el menor síntoma de esos preparativos bélicos.

—Tienes razón, —pero es que Hjitamir contratará a soldados ya instruidos... Escucha un momento.

Kerr habló cosa de un par de minutos. Cuando terminó, Frynna se sentía totalmente descorazonada.

—Y pensar que he sido yo la desencadenante de este proceso —se lamentó.

—Ellos habrían seguido lo mismo con sus planes. Mejor todavía, si tú no hubieses comprado Bettin, yo lo habría vendido sin vacilar a Shudd y ellos no habrían tenido que enfrentarse con esa serie de obstáculos que han retrasado la puesta en marcha de sus planes, más de lo que les convenía.

—Es cierto —admitió Frynna—, Bien, ¿qué podremos nosotros hacer ahora, Taryl?

—Lanz me habló de los documentos que contienen los planes de batalla. Tengo que verlos, a fin de conocer cuál es el primer paso que piensa dar ese ministro traidor.

—Hjitamir sí es un traidor y no mi prometido —exclamó ella con gran vehemencia—. Primero fue colaborador, pero luego, cuando le conoció mejor, se pasó a la oposición y por eso le acusaron de alta traición, sin ser cierto.

Kerr no quiso comentar el suceso. Era agua pasada.

—Bien, el caso es que esos documentos existen y a mí me interesa examinarlos —manifestó.

—¿Cómo piensas hacerlo, Taryl?

—Sacándolos del lugar donde están.

—¡Pero notarán su falta!

—No. Tomaré fotografías.

—Comprendo. Sin embargo, opino, no te será difícil llegar al lugar donde están guardados esos documentos.

Kerr sonrió.

—De todos modos, lo conseguiré —respondió. Levantó la voz—: ¡Darro! —llamó.

El brighoshiano se presentó de inmediato.

—¿Señor?

—Voy a salir. Cuida de ella.

—Con mi propia vida si fuese preciso, señor —respondió el gigante.

De pronto, Frynna se acercó al joven y le golpeó en el pecho con su índice.

—Escucha una cosa, y escúchame bien. Cuando vayas a fotografiar los documentos, yo te acompañaré, te guste o no. ¿Entendido?

—Pero, Frynna...

—Bettin es de mi propiedad y esos planes están relacionados con el asteroide. No puedo consentir que alguien cometa una canallada, aprovechándose ignominiosamente de algo que me pertenece. ¿Lo has comprendido, vendedor?

—Si tanto empeño tienes...

—Iré contigo, no te quepa la menor duda, Taryl.

Kerr hizo una profunda reverencia.

—Soy tu humilde servidor, noble señora —se despidió.

* * *

—Esta es la lista de las cosas que necesito, Nawr —dijo aquella misma noche, sentado ante una mesa, en la que había una botella y dos vasos—. Léela detenidamente y empieza a reunir todo con la máxima urgencia posible.

Nawr Elmoth se rascó la mejilla con aire perplejo. Oficialmente, suministraba pertrechos para astronaves y equipos y herramientas para mineros del espacio. De un modo menos oficial, vendía cosas que estaban prohibidas o que eran de contrabando y que. lógicamente, no se encontraban en los comercios normales.

Durante unos momentos el sujeto permaneció silencioso, estudiando a fondo la lista que le había proporcionado Kerr. Al fin, levantó la cabeza.

—No será fácil, Taryl —dijo.

—Si fuese fácil, no habría venido a buscarte. Nawr —sonrió el joven.

—Si, pero...

—Tengo escrito el cheque. Te lo pasaré por debajo de la mesa. Es un anticipo del total de los gastos que tienes que hacer. Para empezar, supongo que tendrás bastante con doscientos mil.

—Te costará algo más. Taryl —advirtió el comerciante.

—Pagaré sin rechistar. ¿Cuándo lo tendré todo?

—Cuarenta y ocho horas.

—La mitad del tiempo —atajó Kerr.

—No puede ser...

—Añadiré cincuenta mil de prima, por rapidez en la entrega. ¿Hace?

Elmoth emitió una ladina sonrisa.

—Taryl, tú posees un alto grado la virtud de la persuasión .Harías hablar a una estatua de mármol si te lo propusieras.

—No se me ocurriría semejante disparate. Me gustan las estatuas

de carne y hueso... del sexo opuesto, naturalmente.

—Si. también eso se te da de maravilla —Elmoth dobló el papel y lo guardó en el bolsillo—. El cheque, Taryl.

Hubo un rápido movimiento bajo la mesa. Luego. Elmoth dijo:

—Me iré ahora mismo. Eso necesitará más trabajo del que imaginas.

—Estupendo, —sonrió Kerr—. Recuerda que lo quiero para mañana a estas horas.

Elmoth asintió y se puso en pie. Kerr se quedó solo, saboreando sin prisas el contenido de su copa.

El comerciante era hombre astuto y conseguiría los elementos que necesitaba, se dijo. Posiblemente, pensó, incluso los tenía en su almacén, pero se había hecho de rogar, para aumentar el precio.

Kerr no se lo reprochó. «A fin de cuentas, es su oficio», se dijo.

Terminó la copa y puso en pie. Dio media vuelta y, cuando se disponía a echar a andar, tropezó con el cuerpo de un hombre muy voluminoso.

—Sin duda, no sabe mirar por dónde va —dijo el sujeto—. ¿Es que no puede moverse sin atropellar a la gente?

Kerr fijó la vista en aquel sujeto. El tropezón había sido casual por su parte, pero no estaba seguro de que el otro no buscase provocarlo.

De pronto, lo reconoció y sonrió.

—Ah, el ilustre capitán Bomaz —exclamó—. ¿Cuándo vuelve por Bettin, para ver si la dueña del asteroide ha muerto?

El rostro de Bomaz se congestionó bruscamente. Kerr pudo apreciar que no estaba solo. Dos sujetos, de aspecto tan poco recomendable como el capitán, le flanqueaban y sus rostros no eran precisamente amistosos.

Kerr presintió la pelea y se dispuso a rechazar el inminente ataque del trío. Afectadamente, simuló arreglarse los pliegues de la manga derecha de su chaqueta corta, pero, en realidad, lo que pretendía era conectar el multiplicador de potencia muscular.

—No me ha contestado todavía, capitán —añadió— ¿No tiene

nada que alegar?

—Eso que ha dicho es una inmunda calumnia y no pienso tolerarlo —barbotó el sujeto.

Repentinamente, disparó su puño derecho. Kerr paró el golpe con la palma de la mano izquierda. Bomaz puso cara de sorpresa al ver lo fácilmente que le detenían un golpe capaz de derribar a un buey.

Luego, sin saber cómo, se sintió volando por los aires. Cayó sobre una mesa y la convirtió en astillas, mientras sus ocupantes protestaban en voz en grito por la llegada de un envío inesperado.

Los dos secuaces de Bomaz atacaron a un tiempo. Kerr no quería matar, sólo pretendía librarse de un estorbo. Sucesivamente, lanzó dos golpes, que, en apariencia, eran caricias, pero que hicieron salir catapultados a los dos matones, como si fuesen simples peleles.

Alguien se movió de pronto al fondo, en busca de la salida. Kerr captó el movimiento y reconoció a Shudd.

El sujeto escapó antes de que él pudiera darle alcance. Entonces Kerr supo ya, sin lugar a dudas, que la cólera de Bomaz había sido debidamente «estimulada» por un buen puñado de dinero.

Había demasiada gente y no le fue posible alcanzar al fugitivo.

—Ya nos veremos —dijo, mientras Bomaz y sus esbirros se esforzaban por recuperarse

Ninguno de los tres comprendía la forma en que habían sido rechazados por un hombre que parecía de lo mas corriente. Al cabo de un rato, Bomaz quiso tomarse el desquite, pero Kerr había desaparecido ya.

—No puede haber ido muy lejos —dijo a sus secuaces—. Ya lo encontraremos y esta vez no se nos escapara.

Bramando de rabia, salió a la calle, seguido de sus compinches. Un poco más adelante, oyó una suave voz que provenía de un rincón muy oscuro:

—Capitán Bomaz...

El sujeto se volvió instantáneamente.

—¿Que pasa? ¿Quién diablos es usted?

—Deberías saberlo —contesto Shudd—. Te pagué para que

dejaras a Kerr fuera de combate.

—Lo intenté, pero ese bastardo empleó algún sucio truco. Ahora precisamente, íbamos a buscarlo.

—No te molestes, capitán, ya no es necesario. Kerr ha dicho algo muy interesante y que yo ignoraba por completo.

—Espere un momento. Eso que dijo Kerr es una gran mentira.

—No, no, conozco a los hombres y sé que Kerr decía la verdad en esos momentos Tú pretendías que la chica muriera en Bettin, para volver luego y quedarte con el asteroide y lo que contiene. Hicimos un trato: llevarla allí, informarme y el resto quedaría de mi cuenta. Pero tú no quisiste jugar limpio y eso es algo que no puedo perdonar, capitán Bomaz.

El astronauta lanzó un chillido de pavor.

—!No espere! !Deje que le explique!

—Es demasiado tarde —dijo Shudd fríamente.

Un dardo de luz rojiza, muy delgado, brotó de la oscuridad y alcanzó de lleno el pecho de Bomaz. Shudd hizo dos disparos más.

Las descargas no causaron el menor ruido. Tranquilamente, Shudd dio media vuelta y se perdió en las tinieblas, sin volver la cabeza un solo momento.

Bomaz y sus secuaces estaban muertos. No tenía necesidad de comprobarlo.

Mientras se alejaba de aquel lugar, sus dientes chirriaron de cólera.

—Hasta ahora vas ganando, Taryl Kerr, pero no vivirás lo suficiente para alegrarte de la victoria total —masculló, ciego por el ansia de venganza hacia el joven que había sabido burlarse de él hasta ese momento.

CAPITULO X

Nawr Elmoth depositó encima de la mesa algunos paquetes. Otros, algo más voluminosos, quedaron en el suelo. Después, Elmoth sacó un pañuelo y se secó la frente.

—He sudado como un salvaje —declaró—. Taryl, amigo mío, no vuelvas a encargarme jamás nada semejante.

Kerr rió suavemente.

—Si ahora te hiciese otro pedido parecido, al mismo precio, correrías a buscarlo inmediatamente —le apostrofó amistosamente—, ¿Está todo lo que te pedí?

—Todo, absolutamente —repuso Elmoth con gran énfasis.

Kerr repasó la copia de la lista que había entregado al comerciante la víspera. Fue nombrando objetos y Elmoth contestó siempre afirmativamente.

Frynna y Danno contemplaban la escena en silencio, sin atreverse a intervenir. Al terminar, Kerr sacó su talonario de cheques.

—Dime lo que falta para cancelar la deuda, Nawr —pidió.

Elmoth citó una cifra, añadiendo los cincuenta mil dolares que el joven había prometido para recompensar la urgencia en la entrega. Frynna se estremeció al saber que Kerr iba a pagar una enorme suma por un conjunto de instrumentos y aparatos, cuya utilidad le resultaba absolutamente incomprensible.

Kerr firmó el cheque y se lo entregó al comerciante, Elmoth se puso en pie.

—Ah, olvidaba una cosa —dijo—. No se si te interesara o no, pero me parece conveniente que lo sepas, Taryl. Bomaz y dos de sus tripulantes han aparecido muertos esta mañana, a unos cien pasos escasos de El Tridente de Plata. Me pareció verlos anoche en la taberna. Kerr se estremeció

—Si, estaban y tuve una pequeña discusión con ellos —contestó.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Elmoth.

—No, aunque me imagino de sobras quién los mató. Gracias por todo, Nawr.

El comerciante se marchó. Frynna se inclinó hacia adelante y puso la manos encima de la mesa, con los ojos fijos en joven.

—Taryl, no me has contado lo que pasó anoche en la taberna —se quejó.

—No creí que tuviera interés —se disculpó él.

—Todo lo relacionado con Bettin tiene interés para mí. Te peleaste con Bomaz y luego éste fue asesinado. ¿Qué pasó en realidad?

—Bomaz me provocó, instigado por Shudd. pero pude derrotarle. Yo me marché inmediatamente. Después... supongo que Shudd los aguardó en un rincón oscuro y los asesinó.

—Pero, ¿por qué? —se extrañó Frynna—. Fracasar en una pelea no es motivo, supongo yo, para matar a una persona...

—Sospecho que Shudd oyó lo que le decía a Bomaz y se enteró así de que éste no sólo iba a traicionarte a ti, sino también a él. Entonces decidió castigar su felonía. Pero eso ya no se puede remediar. Frynna.

—Shudd es un hombre sin conciencia —declaró ella—. Estoy segura de que fue él quien fraguó la conspiración contra mi prometido elaborando pruebas falsas, que fueron tomadas como auténticas por el tribunal.

—Si, tal vez lo hizo —respondió Kerr con aire indiferente—. Pero ahora nos preocupa más otra cosa.

—¿Que es Taryl?

—Llegar al lugar donde Hjitamir guarda los planos de la conspiración —dijo el joven.

—¿Lo conseguiremos? —dudó Frynna

Kerr se echó a reír, a la vez que hacia un amplio ademán con el brazo, para señalar los objetos que Elmoth le había traído.

—Con todos estos chismes, me siento capaz de llegar a abrir las puertas de la mejor de las guaridas —contestó.

* * *

A las dos de la mañana empezaron a equiparse. Danno se sintió frustrado por no poder acompañarles.

—Lo siento, pero tu peso es excesivo —llegó el joven—. Además,

te necesito aquí, para que recibas un posible mensajes de parte de Elmoth.

—¿A estas horas? —se extrañó Frynna.

—Hoy, mañana o tal vez pasado... Lo que le he encargado es un poco más difícil, aunque no me cabe duda de que lo conseguirá. Darro, si llama Elmoth, te dirá: «Tía Rhamma está bien». ¿Lo has entendido?

—Sí, señor. ¿Y si dice otra cosa?

—Si tiene que decir otra cosa, no llamará. Frynna, atención.

Kerr empezó a enseñarle el manejo de los distintos instrumentos que ella llevaría sobre su cuerpo.

—Primero, propulsor individual por antigravedad, lo que significa que es absolutamente silencioso y no emite llamas, como los que usan chorros de escape convencionales. El aparatito que tienes en el pecho es el anulador de señales en el radar. Cuando nos acerquemos a la residencia de Hjitamir, los vigilantes no verán nada. ¿Has comprendido?

—Sí. ¿Qué más, Taryl?

—Este otro control es el de la invisibilidad. Sólo se puede usar durante un corto período de tiempo y en circunstancias muy excepcionales, debido a la gran cantidad de energía que consume. Pero ello te permitiría pasar desapercibida, aunque tuvieses a Hjitamir a cuatro pasos de distancia.

—¡Fantástico! —exclamó la joven—, ¿Ha sido capaz Elmoth de proporcionarte todos estos chismes?

—Y algunos más, de los que no tienes la menor idea, pero como los manejaré yo personalmente, no es necesario que te lo explique por ahora. Bien, ¿estás lista?

—Si, cuando quieras.

Taryl se puso a la espalda una mochila excepcionalmente voluminosa. Frynna se preguntó qué podía contener aquel enorme bulto, pero supo que debía esperar a que el joven utilizase los aparatos que había en su interior.

Segundos después se elevaban silenciosamente a las alturas. Kerr indicó:

—Anulador de radar. Frynna.

Ella lo puso en funcionamiento. Ambos vestían ropas negras y, convertidos en sombras fantasmales, se desplazaron por el aire en dirección al objetivo.

* * *

Suavemente descendieron en una amplia terraza, en uno de cuyos extremos se veía una puerta blindada. Kerr se acercó a la puerta, pero quedándose a un par de metros de distancia. Luego sacó algo de uno de sus bolsillos y lo enfocó hacia la cerradura durante unos segundos.

Después movió aquel aparatito de modo que siguiera los contornos de la puerta y también en dirección al suelo. Cuando terminó, adelantó un pie y pisó con fuerza.

—Alarmas anuladas y cerradura abierta —sonrió.

Frynna se sentía pasmada.

—¿Lo ha hecho esa especie de lapicero?

—Desde luego. Pero su funcionamiento es muy largo de explicar.

—No, no me lo expliques. Me basta con los resultados.

Kerr rió entre dientes. Se acercó a la puerta, tiró hacia sí y la abrió sin la menor dificultad.

Al otro lado había una escalera que se hundía en las profundidades del edificio. Kerr se movía en absoluto silencio y ella observó que ahora llevaba en la mano un aparato muy parecido a una pistola.

De pronto, Kerr se detuvo y levantó la mano. Frynna se paró también.

El joven movió la mano armada. Un débil rayo de luz partió de la pistola. A diez metros de distancia, un centinela se dejó caer lentamente al suelo.

—Una descarga hipnótica —explicó él—. Dormirá un par de horas y luego se despertará sin saber qué ha sucedido.

—¿Y si el relevo llega antes?

—Le creerán dormido por negligencia y le impondrán algún arresto o algo por el estilo, pero no lo relacionarán con nuestra

presencia aquí. ¡Sigamos, Frynna!

El centinela estaba caído en medio de un largo corredor. Kerr lo cogió por debajo de los brazos y lo dejó sentado, con la espalda apoyada en la pared.

—Esto dará veracidad a la historia —sonrió.

En el piso inferior durmió a otro centinela. Luego se acercó a una puerta lujosamente decorada.

—Aquí es —dijo.

Nuevamente hizo funcionar el anulador de alarmas. Una vez al otro lado, Frynna pudo contemplar un espectáculo singular.

Era una habitación muy amplia, desprovista por completo de muebles, salvo una enorme caja de metal situada en el centro y alumbrada por una corona de potentes focos, situados a unos cuatro metros de altura.

Los focos emitían luz, pero también unos rayos muy peculiares , de color azul claro, que formaban una especie de de verja circular en torno a la caja. Frynna adivinó la dificultad de vencer aquel obstáculo que parecía intraspasable

Kerr no se amilanó, quitándose la mochila, la abrió y extrajo algo que parecía un tubo de unos dos centímetros de diámetro, conectado a una manguera que iba a parar a la mochila. Fascinada, Frynna le vio mover el tubo a un metro del suelo.

A medida que lo movía los rayos azules quedaban cortados a aquella altura. Kerr dio la vuelta completa a la caja y sonrió al terminar.

—Esos rayos son electrocutantes —dijo—. Matarían en el acto a cualquiera que intentase pasar al otro lado.

—Pero ahora tú vas a pasar.

—Primero anularé todas las alarmas interiores. No quiero correr riesgos ahora que estoy tan cerca del objetivo.

Frynna dudó de que el joven pudiera abrir aquella enorme caja, que medía más de dos metros de altura, por otro tanto de anchura y uno y medio de fondo. En apariencia, no se veían cerraduras ni ruedas de combinación, y se preguntó qué complicado mecanismo permitía la apertura de la puerta.

Kerr se tumbó a poco y pasó al otro lado, arrastrándose, aunque sin llevar la mochila. Luego hizo una seña con la mano.

—Ven —llamó.

Frynna repitió la operación. Entonces, Kerr empezó a pasear otro tubo algo más grueso que el primero por toda la superficie de la puerta, aunque sin tocarla, situando su boca a unos dos centímetros de la pulida superficie metálica.

Transcurrieron unos minutos. De súbito, cuando Frynna menos lo esperaba, oyó un leve chasquido y la puerta giró silenciosamente sobre sus goznes.

Kerr sonrió satisfecho.

—Me gustaría que Elmoth tuviese tu cara y tu figura —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Así podría darle un beso de agradecimiento cuando le viese, mujer.

Frynna dijo algo entre dientes. Kerr se echó a reír y luego se acercó a la caja.

Estudió el interior unos momentos. Luego, de pronto, alargó una mano y extrajo un grueso rollo de documentos atados con una ancha cinta roja.

—Aquí tenemos el plan —dijo, muy satisfecho—. Frynna, a partir de este momento, tú sostendrás los documentos extendidos con las dos manos, mientras yo los fotografío. ¿Has comprendido?

—Sí. desde luego. Empieza cuando gustes. Pero.... ¿por qué no está el plan grabado en alguna cinta de vídeo, en lugar de haber sido redactado en estos papeles tan incómodos?

—Posiblemente existan esas copias en vídeo —respondió Kerr—, Pero éste, fíjate bien, es el original del plan.

Kerr desató la cinta y extendió el primer documento, que puso en manos de la joven. A fin de evitar errores, impresionaba fotografías dos veces de cada documento, con una cámara en miniatura, no mayor que su dedo pulgar, pero capaz para un centenar de tomas.

La operación se demoró casi treinta minutos. Al fin, Kerr retrató el último documento.

—Revelaré los negativos y los ampliaré, a fin de estudiarlos en una pantalla. Pero fuera de aquí, naturalmente.

Ella asintió. Ahora era preciso realizar a la inversa todas las operaciones que les habían permitido llegar hasta allí. Cuando ya se disponían a abandonar las inmediaciones de la caja fuerte, que había recobrado de nuevo su aspecto habitual, oyeron voces en el exterior.

Alguien, muy irritado, dijo:

—Esto no es normal, Jano. Dos centinelas dormidos al mismo tiempo resulta muy sospechoso, sobre todo si se piensa que no estaban bebidos.

Kerr no había oído jamás aquella voz, pero reconoció inmediatamente a su dueño. Hjitamir y el más fiel de sus seguidores, estaba seguro, se disponían a entrar en aquella estancia.

Rápidamente tocó el brazo de la muchacha:

—¡Invisibilidad, Frynna! —ordenó con enérgico acento, pero en tono muy bajo, para no ser oído de quienes se hallaban al otro lado de la puerta.

CAPITULO XI

La puerta se abrió y dos hombres entraron con paso rápido en la habitación. Hjitamir se detuvo a unos metros de la barrera de rayos azules.

—Todo parece en orden —dijo.

—Las alarmas no han sonado, señor —informó Shudd.

—No se fíe, Jano. Hoy en día se construyen aparatos capaces de anular los sistemas más complicados. Están prohibidos por la ley, desde luego, pero se fabrican y se venden.

—Sin embargo, creo que Kerr no habrá tenido la ocurrencia de comprar uno de esos aparatos. No conoce la clave de la caja fuerte y, además, ¿cómo puede sospechar siquiera que tenemos aquí unos documentos importantísimos?

—Se lo dijo Lanz, recuérdelo. O tuvo que decírselo, bajo la amenaza de morir electrocutado.

—Es cierto, señor. Bien, si todo está normal, no vale la pena que sigamos aquí.

—Aguarde un momento —pidió Hjitamir.

Kerr contuvo la respiración. Estaban situados en una zona de absoluta invisibilidad, ciertamente, pero era un estado que no se podía prolongar por mucho tiempo. Si permanecían demasiado en aquel estado, las baterías podrían agotarse, lo que significaba ser visibles de nuevo y, además, la imposibilidad de utilizar los propulsores individuales.

Hjitamir se acercó a la barrera de rayas azules. Era un hombre bajo, tirando a rechoncho, de cráneo casi completamente pelado y nariz ridículamente pequeña. Los ojos, sin embargo, poseían una dureza de pedernal.

Tenia una caja de control en la mano y la utilizó para anular la barrera. Luego, la misma caja le sirvió para abrir el gran cofre fuerte.

Hjitamir se inclinó hacia adelante.

—Todo está en orden —dijo, satisfecho.

—Lo celebro infinito, señor —contestó Shudd.

—Pero, a pesar de todo, no puedo fiarme, Jano. A partir de este momento, quiero una guardia permanente en esta habitación. Cuatro

hombres alrededor de la caja, ¿estamos? Y con orden de disparar contra todo el que se acerque que no seamos usted o yo.

—Inmediatamente estableceremos la guardia, señor.

Kerr se vio en una situación comprometida. Los soldados entrarían muy pronto y no podrían escapar.

De pronto, se le ocurrió una idea. Agarró a tientas la mano de la muchacha y tiró de ella hacia el otro lado de la caja fuerte, saliéndose del circulo protector antes de que Hjitamir restableciera de nuevo la barrera de rayos electrocutantes.

Al fondo había una ventana y la abrió sin ruido. Hjitamir y su esbirro se dirigían hacia la puerta.

Kerr empujó a la muchacha hacia el exterior.

—Vuelve a casa. Dentro de unos cinco minutos serás visible nuevamente —dijo.

Frynna partió de inmediato. Kerr se retrasó unos momentos todavía, a fin de cerrar la ventana y evitar posibles sospechas. Cuando se alejaba, vio desde la oscuridad los soldados que entraban, disponiéndose a custodiar algo que ya no necesitaba vigilancia.

Invisible todavía, rió en el aire. Hjitamir no sabría nunca que sus perfectos sistemas de seguridad habían sido burlados impunemente.

«Al menos, hasta que sea demasiado tarde para él», se dijo.

* * *

Frynna lanzó una alegre carcajada, llenó tres copas y entregó una a cada uno de los hombres.

—¡Lo hemos conseguido! —exclamó alegremente.

—¿Beber a estas horas? —se extrañó Kerr.

—Amanecerá muy pronto, pero lo que importa es que la operación ha salido bien. ¿No es verdad. Taryl?

—Antes tengo que revelar los negativos —dijo el joven.

—Negativos... Pensé que utilizarías otro procedimiento más moderno. Incluso la película de revelado instantáneo, en lugar del anticuado sistema de negativo, con proceso de positivado y ampliación.

—Era lo mejor, Frynna. Este sistema sigue dando buenos resultados todavía en algunos casos muy específicos.

—Como quieras —dijo ella—. ¿Tardarás mucho en tenerlo todo listo?

—Te aconsejo que duermas un buen rato. Yo también quiero dormir antes de empezar la tarea.

—Como quieras —Frynna volvió a levantar su copa—. ¡Por mi venganza! —exclamó.

Kerr la miró fijamente.

—¿Todavía sigues pensando en vengarte de la muerte de tu prometido? —preguntó.

—No he desistido jamás. ¿Acaso me lo vas a reprochar?

—En cierto modo, si. porque la muerte de una persona, con toda su importancia, es una minucia comparada con lo que puede pasar si Hjitamir y su banda consiguen llevar sus planes a buen puerto. Eso te debería importar más que la venganza de tipo estrictamente personal.

—Si los derrotamos, lo habremos conseguido de todos modos —argumentó la joven.

Kerr meneó la cabeza pesarosamente. Luego dijo:

—Frynna, ¿sabes qué voy a hacer cuando todo esto haya terminado? Suponiendo que no nos dejemos el pellejo en el asunto.

—No, no me lo imagino siquiera —respondió ella—, ¿Qué piensas hacer, Taryl?

—Volver a mi antiguo oficio. Viajaré de nuevo por el espacio, explorando toda suerte de cuerpos celestes, para encontrar algunos que pueda señalar como míos y venderlos después. Es una profesión a veces incómoda y hasta peligrosa, pero en esta ocasión tendré una gran ventaja.

—Dímelo, por favor.

Kerr dejó su copa a un lado.

—Ya no tendré que verte ni aguantar más tu obsesionante idea de venganza —respondió acremente.

—Pero...

—Es inútil que busques argumentos. Y si ahora continúo en este asunto, lo hago por egoísmo, ya que también mi propia seguridad está en juego. De otro modo, puedes creerme, me marcharía ahora mismo y no nos volveríamos a ver jamás.

—Está bien, lo siento. No mencionaré más mi problema. Y creo que yo también haré igual que tú. Es decir, nos separaremos para siempre.

—Así será, Frynna, no lo dudes.

Hubo un momento de silencio. Luego, Kerr sonrió y dulcificó la expresión.

—Lamento haberte hablado así, pero creo que era absolutamente necesario. De todos modos, quiero que sepas que estaré contigo hasta el final. Cuando emprendo una tarea no me gusta dejarla inacabada, ¿comprendes?

Ella se sintió repentinamente ansiosa.

—¿Crees que todo saldrá bien, Taryl?

—Siempre es preciso contar con los imponderables, pero tenemos la inapreciable ventaja que supone conocer los planes del adversario. Saldrá bien, Frynna, no te preocupes.

* * *

Frynna había salido a hacer algunas compras y volvió a casa bastante nerviosa. Kerr estaba echado en el diván, dormitando plácidamente, y ella lo agarró de un brazo, sacudiéndolo con fuerza.

—Despierta, Taryl —exclamó—. Creo que ya está todo en marcha.

—No dormía —contestó—. ¿Qué sucede?

—Han llegado. Mejor dicho, están llegando.

—Los jefazos, ¿verdad?

Frynna sonrió.

—Si te oyeran darles ese calificativo... Todos están muy orgullosos de sus prerrogativas. El que menos se hace llamar «grande» y «muy excelente señor». Otros se autotitulan «infatigable defensor de la verdad y la justicia» o bien el «magnificente y resplandeciente

primer señor».

—Estos títulos parecen los que tomaban los caballeros andantes de la antigüedad —dijo Kerr de buen humor—, Pero, en el fondo, no son más que mentiras. Podrían llamarse el «mayor ladrón de la Galaxia», el «perfecto comandante de la gran banda de asesinos» o el «muy capaz y nunca satisfecho cobrador de impuestos». ¿Dónde lo has oído?

—En la tienda. Tenían un televisor en funcionamiento. A decir verdad, era un espectáculo grandioso, compañías de honores, vistosos uniformes, bandas de música...

—Igualito, igualito que hace quinientos años. Y a propósito, ¿qué has ido a comprar a la tienda?

—Necesitaba ropa, Taryl.

—No seria de luto, supongo.

—No seas estúpido. Ropa de vestir; la estaba necesitando.

Kerr la miró de arriba abajo.

—Yo creo que estás bien con estas ropas.

—Una mujer siempre necesita vestidos, Taryl. Debe cambiar de indumentaria con frecuencia.

—A mí me parece que más que cambiar de indumentaria, lo que te pasa es que estás empezando a cambiar de opinión.

—Hombre, no voy a permanecer siempre enclaustrada. Algún día tendré que salir, divertirme un poco... A fin de cuentas, la vida sigue, Taryl.

—Me defraudas, Frynna. Yo pensé que, una vez ejecutada tu venganza, te irías a encerrar en un convento.

—Bueno... —Ella remoloneó un poco—. Ya sé que todavía existen, pero nunca pensé en... Aunque sí, quiero vengar la muerte de mi prometido. Le amaba y creo que nunca amaré a otro hombre.

—Y permanecerás soltera por siempre jamás.

Kerr pareció meditar unos segundos. Luego volvió a hablar:

—Frynna, ¿y si yo te dijera que no había motivos para que siguieras adelante con tu venganza?

—¿Quieres decir que ahora que casi está todo a punto debo desistir?

—No, no, porque también, de este modo, evitamos un peligro mucho mayor, un riesgo que amenaza a decenas de planetas habitados. Lo que trataba de decirte es que Lukkiff no era el hombre apropiado para merecer tu afecto.

—¿Qué sabes tú de eso? No lo conociste personalmente.

—No, pero... En fin, dejemos la discusión a un lado. Habíamos quedado en que no volveríamos a mencionar el tema, creo.

—Sí, es cierto. Lo mejor será olvidarlo. —Frynna inspiró con fuerza y sus senos se marcaron rotundos bajo la tela del vestido—. Me refería al tema en sí, no a él, porque jamás lo olvidaré —añadió.

—Envidio a ese hombre, aunque esté muerto —dijo Kerr irónicamente. Y de pronto, se oyó el leve tañido de llamada del videófono.

Kerr se levantó, cruzó la sala y dio el contacto. Un rostro conocido apareció en la pantalla inmediatamente.

—Hola, Nawr —saludó.

—Taryl, tienes todo listo, a punto de... empleo.

—Gracias, ¿ha costado mucho?

—Un poco, pero ya sabes que con dinero...

—Si, me lo imagino. ¿Conoces el tipo?

— Digamos normales, pero con alcance efectivo de veinticinco millones de kilómetros.

—Me sobrarán veinticuatro mil novecientos —sonrió el joven—, Bueno, Nawr, ya sabes dónde cobrar. Gracias por todo.

—Suerte —le deseó Elmoth.

Kerr apagó el videófono. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Todo está preparado —dijo.

—Estupendo, iré a cambiarme de ropa. Por cierto, la dueña me conocía y me saludó muy afectuosamente...

Kerr dejó de sonreír en el acto.

—¿Has estado en un sitio donde te conocían? —pregunto.

—Bueno, yo no podía imaginarme que… Pero cuando pasó aquello, la noticia se divulgó ampliamente, publicaron muchas fotografías mías.

La mano del joven agarró con fuerza el brazo de Frynna.

—Nada de cambiarte de ropa —exclamó, tajante—. Nos vamos ahora mismo, ¿comprendes?

—Pero, Taryl, yo necesito…

—Lo que necesitas es una buena zurra en el trasero. Has admitido tu identidad, ¿no es cierto?

—Sí, no iba a negarlo.

—Podías haber dicho que te parecías mucho a la auténtica Frynna Zalben y que la gente os confunde con mucha frecuencia. Pero no, has tenido que admitir tu verdadera personalidad… olvidándote de los cientos de espías que Hjitamir tiene por todas partes, buscándonos como locos. La dueña de esa tienda lo comentará tarde o temprano con alguna amiga, porque no se estará callada, puedes tenerlo por seguro, y esa noticia llegará a oídos de algún confidente de Hjitamir o de su esbirro Shudd.

Frynna se había puesto pálida.

—Lo siento, Taryl —se disculpó—. Yo no me imaginé…

—Es lo mismo. El mal ya está hecho y no se puede remediar. ¡Darro!

El brighoshisno apareció en el acto.

—¿Señor?

—Prepara todo. Nos marchamos inmediatamente.

—Sí, señor —contestó Danno, sin mostrar la menor extrañeza por una orden tan repentina.

Kerr se volvió hacia la joven.

—Frynna, tienes diez minutos exactos para hacer el equipaje. No tardes un segundo más o te quedarás en tierra. Y, me imagino, no querrás perderte el maravilloso instante en que tu venganza haya sido consumada, ¿verdad?

Ella echó a correr inmediatamente hacia su habitación.

—¡No me lo perdería por nada del mundo! —contestó

CAPITULO XII

Había un nutrido grupo de personas sobre la superficie de Bettin, todas ellas equipadas con sus correspondientes trajes de vacío, situadas en las inmediaciones de la perforadora que extraía el oro de las entrañas del asteroide. A unos trescientos metros de distancia se veían ocho astronaves, cada una de distinta forma y con las insignias respectivas pintadas en los costados.

Hjitamir encabezaba el grupo. Señaló a la máquina con la mano y luego miró al hombre que tenía más cerca.

—Orxk'hos, de Juprid-3, ¿de cuántos hombres dispones?

—Tengo el tratamiento de...

—Aquí no hay tratamientos. Tú puedes ser el jefe de estado de un planeta, pero a partir de ahora serás mi subordinado, porque te pagaré bien. Repito, ¿de cuántos hombres dispones?

Orxk'hos sacó el pecho.

—Ciento cincuenta mil, todos armados hasta los dientes y capaces de conquistar el infierno, si fuese necesario.

—Y tú ocuparías el lugar de Satanás —rió Hjitamir—. Está bien, te corresponderá un hectómetro y medio de oro. ¿Sabes cuánto representa, Orxk'hos de Juprid-3? Un millón y medio de metros cúbicos de oro. Saca tú mismo la cuenta y verás cuánto vas a ganar, si te pones a mi lado.

—Diez metros cúbicos por barba... pero yo daré dos a cada soldado y me quedaré ocho —rió Orxk'hos desvergonzadamente.

—Eso ya es cuenta tuya, con tal de que cumplas las condiciones del contrato. ¡El siguiente!

—Ni-Ni'ni-Nii, de Mavon —dijo alguien con voz que parecía el cloqueo de una gallina—. Dispongo de doscientos veinticinco mil hombres.

—Dos hectómetros y cuarto, esto es, dos millones doscientos cincuenta mil metros cúbicos. Otro, por favor.

—Leovaíiis, de K.'el'Rit-18. Mi fuerza está compuesta por trescientos mil hombres de lo mejor que hay en la Galaxia...

—Ya sabes a cuánto tocas, Leovaiiis —dijo Hjitamir—. ¿Quién más?

—Hartiroo, de Bor-el-Nxitu. Ciento ochenta mil hombres.

Los tres restantes pronunciaron sus nombres y anunciaron asimismo el número de fuerzas de que disponían:

—Madyll, de Faroggan. Doscientos cuarenta mil.

—Rouat'li, de NeaVytr. Trescientos quince mil.

—Kenssuls, de Far'o'kee. Doscientos mil.

—Bien, caballeros —dijo Hjitamir, cuando todos hubieron terminado—, ya conocemos la fuerza de que vamos a disponer, un millón seiscientos mil hombres, aguerridos, perfectamente armados y dispuestos a batallar y a combatir sin piedad contra todo el que se nos oponga. También conocen el precio de su ayuda, cuya valía, seguramente, no esperaban fuese tan elevada. Ahora sólo falta iniciar las operaciones, que nos llevarán a ser los dueños de un inmenso sector de la Galaxia. Nada ni nadie podrá resistirnos.

Un hombre levantó la mano.

—Has dicho dueños, pero pienso que debieras hablar en singular —dijo.

—Cierto. Yo seré la cúspide, el jefe supremo, el presidente, emperador, o como queráis llamarlo. Y vosotros formaréis parte de mi corte, como miembros principales y con rango suficiente para tomar parte en las deliberaciones sobre toda clase de política. Seréis mis iguales, si bien yo tendré la última palabra en toda decisión final.

—*Primum ínter pares* —dijo alguien entre dientes.

—Exacto —confirmó Hjitamir orgullosamente—. El primero entre los iguales, pero vuestra posición y vuestro rango se reforzarán más todavía, una vez alcanzada la victoria. Y ahora, caballeros, si quieren presenciar la primera prueba y ver que no les he mentido en cuanto a la extracción del oro de este asteroide...

* * *

A ciento cincuenta mil kilómetros de distancia, Kerr conectó el telescopio y las imágenes aparecieron inmediatamente en la pantalla de la cabina de mando. El enorme poder de resolución del aparato óptico hacía que las imágenes aparecieran como si estuviesen solamente a unos cien metros de distancia.

—Míralos —dijo Kerr—. Ahí los tienes, tratando de repartirse tu

oro y haciendo planes para conquistar la Galaxia y servírsela en bandeja a un hombre infinitamente ambicioso. Todos esos jefes de estado planetario son *condottieros* modernos, que disponen de una fuerza de mercenarios y que alquilan a quien puede pagar sus servicios, ¿comprendes?

— Y no hay duda de que Hjitamir puede pagarles —contestó ella.

—Muy generosamente. Aparte de que hay oro de sobra, puede permitirse ser dispendioso con algo que no es suyo. Bien, pero nosotros vamos a echar sus planes por tierra y haremos que la gente sepa de una vez quién es Hjitamir y qué es lo que pretende.

—Los torpedos que te vendió Elmoth —se estremeció Frynna.

—Ocho, pero no temas. Son torpedos de gran alcance, aunque de escasa potencia. Sin embargo, serán suficientes para averiar sus naves irremisiblemente. Entonces, se quedaran aislados en el asteroide y cuando se sepa la noticia, Hjitamir tendrá que dar muchas explicaciones acerca de lo que hacía en Bettin, secretamente, con siete jefes de estado planetario, todos ellos reputados comandantes de mercenarios. Eso- acabará con Hjitamir políticamente y… ¿No es la venganza que pretendías alcanzar?

Frynna asintió.

—Me bastará con arruinar su carrera política —convino.

—Celebro que pienses de esta manera. Llegué a creer que querías darle muerte con tus propias manos.

—No soy tan sanguinaria, Taryl —protestó ella.

—Mejor así —sonrió Kerr—, Bien, vamos a quitar los seguros y activar los mecanismos de disparo. Cada torpedo se disparará con un segundo de intervalo y marchará guiado automáticamente hacia su blanco.

—Cuando todo haya terminado, ven un día al asteroide a cobrar en oro el importe de tus gastos.

—Sí, porque me he quedado con los bolsillos llenos de pelusa —respondió él jovialmente—. Bueno, esto ya está en marcha…

—Pero no van a disparar ningún torpedo —sonó de pronto una voz amenazadora.

Frynna exhaló un grito de sorpresa. Kerr se volvió y frunció el

ceño al ver a Jano Shudd en el umbral de la amplia cabina de mando, apuntándoles con una pistola térmica.

* * *

—Me parece que no voy a poder acusarle del delito de polizonaje —dijo Kerr pasados unos segundos.

—No, no soy lo que se dice un polizón, sino más bien el dueño de esta nave —repuso Shudd—. Embarqué sin que ustedes lo supieran y he estado escondido hasta ahora.

—Aguardaba el momento oportuno para intervenir, ¿verdad?

—Allá abajo hay mucho oro. Quiero una buena parte, Taryl Kerr.

—Y nosotros le cerramos el paso a ese oro.

—Exactamente. Bueno, eso era antes —rió Shudd—. Ahora el paso está libre.

—Jano, supongo que piensa eliminarnos. No querrá dejar testigos molestos.

—Pues... lamentándolo mucho, así tiene que ser. De veras, me gustaría dejarles marchar libres, pero ya se sabe, tarde o temprano la gente tiene tendencia a contar cosas en público.

—Bien, Jano, puesto que ha decidido quitarnos de en medio, antes de disparar cuente a esta preciosa joven por qué murió su prometido. La verdad, no la acusación ficticia.

Shudd volvió los ojos hacia Frynna.

—Lukkiff era un tipo muy ambicioso. Fue, primero, el más fiel colaborador de Hjitamir, pero cuando éste empezó a elaborar sus planes, él decidió que debería tener una participación importante. Como no quisieron concedérsela, se pasó a la oposición, amenazando con revelar cuanto sabía. Hjitamir, naturalmente, no podía permitirlo.

—Dígale, dígale a Frynna qué pretendía Lukkiff realmente —solicitó el joven.

—Lukkiff quería el nombramiento de comandante en jefe de todas las fuerzas contratadas por Hjitamir —contestó Shudd.

Frynna tenía los ojos cerrados y una mano sobre el pecho. Estaba terriblemente pálida y Kerr no pudo por menos de compadecerla,

porque se daba cuenta de que ella daba crédito a las palabras de Shudd. «Está sufriendo horriblemente, porque puso su fe en un hombre que no se lo merecía.», pensó.

—Bien, creo que eso es todo —dijo Kerr—, Jano, gracias por su respuesta. Cuando guste.

—La verdad, me da lástima tener que eliminarles —Shudd lanzó un hondo suspiro—. Pero no tengo otra solución —agregó, a la vez que levantaba el arma.

Súbitamente, alguien apareció detrás de Shudd y le propinó un terrible empellón. El sujeto gritó brevemente y voló por los aires, estrellándose contra el cuadro de mandos.

La nave se estremeció ligeramente. Danno, con un lado de la cara ensangrentada, meneó la cabeza.

Hubo otra sacudida. Kerr lanzó un grito:

—¡Se han disparado los torpedos!

Al caer, Shudd había golpeado el mecanismo de ignición. Tres rayas rojas descendían ya a toda velocidad hacia el asteroide.

Los cinco siguientes torpedos fueron lanzados al espacio con otros tantos segundos de intervalo. Ya no había fuerza humana capaz de detenerlos.

De pronto, Kerr observó que Shudd yacía inmóvil en el suelo, al pie del cuadro de mandos. Se arrodilló a su lado y lo examinó durante unos instantes.

—Empujaste con demasiada fuerza, Darro —dijo—. Le has partido el espinazo.

Danno se encogió de hombros.

—El quería matarles a ustedes —contestó fríamente.

Los torpedos volaban hacia sus blancos a una velocidad increíble. A unos quinientos kilómetros por segundo, terminaron su viaje cinco minutos más tarde.

Se produjo la primera explosión, apenas perceptible. Luego la segunda. Repentinamente, cuando el tercer torpedo llegó a su destino, se encendió una luz blanquísima, de intolerable resplandor, que alcanzó a millares de kilómetros de distancia.

—¡No miréis! —gritó Kerr—. ¡Es una explosión nuclear!

Tremendos relámpagos de todos los colores brotaron del lugar donde se hallaba el asteroide. Kerr se sentía completamente desconcertado, porque sabía que ninguno de los torpedos tenia cabeza atómica.

Durante unos momentos inacabables, el cielo se vio poblado por toda clase de resplandores. Luego, poco a poco, decreció la luz y volvió la oscuridad a aquella región del firmamento.

Entonces, Kerr volvió a mirar a través del telescopio e hizo un descubrimiento sensacional.

—¡Bettin ha desaparecido! —exclamó.

* * *

Más tarde, Kerr salió de la nave, debidamente equipado, y exploró las inmediaciones. Cuando regresó, ya tenia la explicación de lo sucedido.

Danno le sirvió una taza de café. Kerr tomó unos sorbos y luego miró a la joven.

—Esos salvajes llevaban todos en sus naves torpedos con cabezas nucleares de al menos cincuenta megatones de potencia. Uno de nuestras torpedos provocó la explosión de algún cohete atómico y éste se propagó a los restantes, desintegrando literalmente el asteroide y cuanto había o existía sobre su superficie.

—Pero no entiendo —dijo Frynna—, Si disponían de tantos soldados, ¿para qué querían cohetes nucleares?

—Solían hacer demostraciones, pulverizando algún satélite de planeta que querían conquistar. Pero luego, para ocuparlo, necesitaban tropas de superficie.

—Sí, es cierto.

Kerr meneó la cabeza.

—Frynna, lo siento. Hemos hecho algo como lo que dice el refrán: «Muerto el perro, se acabó la rabia.» Lo malo es que también se acabó el oro.

De pronto, ella sonrió.

—¿Sabes?, empiezo a sentirme mucho mejor, Taryl.

—No me digas —se asombró él.

—Sí. He abierto los ojos y no sólo por lo que dijo Shudd antes de morir. Creo que... el oro, ese oro, habría resultado una maldición para mí. Sinceramente, me encuentro más aliviada, completamente ligera de espíritu.

—Lo cual no deja de ser una buena noticia. Ah, Frynna, quiero que veas una cosa.

Kerr condujo a la joven hasta una de las lucernas y le enseñó algo que resplandecía en el espacio, como una ancha cinta dorada, compuesta por infinidad de partículas submicroscópicas.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, intrigada.

—Tu oro. La explosión lo hizo polvo, literalmente hablan-trillones de partículas infinitesimales, que siguen una órbita inmutable, en la que permanecerán incontables siglos. Lo siento, pero no he podido recoger siquiera la cantidad necesaria para un anillo de boda.

—¿Por qué, Taryl?

—Es oro terriblemente contaminado, con un altísimo grado de radiactividad, adquirido en las explosiones de las naves. No se puede utilizar en absoluto.

—Lástima —suspiró ella—. ¡Eh! —gritó de pronto—. Has hablado antes de un anillo de boda.

—Sí. Tendré que comprarlo en una joyería normal y corriente.

—Eso significa que te vas a casar.

—¡Pues claro que me voy a casar!

—Y, ¿con quién, si se puede saber?

Kerr sonrió maliciosamente.

—¿No te sientes capaz de adivinarlo?

Frynna meneó la cabeza.

—Vendedor, acabas de comprarme —respondió—. Pero tú sabías que Lukkiff...

—Lo sabía, pero quería que tú lo oyeras de otra boca, para que no pudieras recelar de una mentira mía. No, aquel nombre no se merecía tu cariño, créeme.

Frynna le abrazó estrechamente y ocultó su cara en el pecho varonil.

—Taryl, ¿qué haremos ahora? —preguntó.

—Bueno, podemos fundar una sociedad: Kerr y Zalben, vendedores de planetas. ¿Qué te parece?

—Maravilloso, querido. ¿Cuándo empezamos a vender planetas?

—Tengo uno y no sé si lo venderé... Es un mundo precioso, realmente encantador, deshabitado, pero parece un paraíso. ¿Qué te parecería pasar allí la luna de miel?

—¿Tardaremos mucho. Taryl?

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO.

EL CABELLO VUELVE A BROTAR DE NUEVO.

LA CALVICIE SUPERADA.

EXITO ALCANZADO POR El DOCTOR ROBERT MARHSALL, RENOMBRADO BIOLOGO E INVESTIGADOR DEJAMA INTERNACIONAL.



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Robert Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente

"De los los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, Pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr su propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia be aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo"

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían "

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso "

"Durante los primeros quince días ya apreciamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez "

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo "

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento Durante el tratamiento Despues del tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona deseada "

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios "

"Y por ultimo les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar corno masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratadnos su precio pata que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad "

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marhsall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que vigoriza las raíces de los cabellos y estimulando activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realzar la belleza.

Aplique usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

!NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras. Apartado de Correos Nº 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correas nO 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle Nº Piso

Población D. Postal

Provincia

